



Vida de palabras

Leonor
González Mina

"La Negra
Grande de Colombia"



Leonor
González Mina

“La Negra
Grande de Colombia”

VidadePalabras - Leonor González Mina

Número 3 - Año 2015

© Universidad del Tolima

© Fundación Abrapalabra

ISSN: 2590-7603

Diseño: Dreams Creative

Impresión: Colors Editores

Ibagué - Colombia



 **Universidad
del Tolima**

FUNDACIÓN
ABRAPALABRA

*Este libro se terminó de imprimir el 23 de abril de 2015 y forma parte del homenaje **VidadePalabras** que cada año adelanta la Fundación para el Desarrollo Social y Cultural Abrapalabra y el programa de Comunicación Social - Periodismo de la Universidad del Tolima*

Contenido

Presentación	7	Cantos de una tierra olvidada	33
La palabra toma vida de nuevo		<i>Nicolás Mora Gómez</i>	
<i>Rafael González Pardo - Ricardo Cadavid</i>			
“La Negra Grande de Colombia”, 60 Años de vida artística	11	El gran escape	37
<i>Juan Andrés Romero</i>		<i>Ricardo Cadavid</i>	
Una mirada al aporte de las mujeres afrodescendientes en la construcción de la nación: Homenaje a la Maestra Leonor González Mina	17	Raza, vida y resistencia: lo político en la vida de Leonor González Mina	61
<i>Leonardo Reales Jiménez</i>		<i>Juan Jose Aguirre Zuluaga</i>	
Un canto a la vida, desde las entrañas de la resistencia	23	¡No más medias ni calzoncillos!	69
<i>Jacob leonardo ibargüen</i>		<i>Claudia Alejandra Lozano</i>	
Como musa negra por Colombia	29	Un libro abierto	77
<i>Rusvelt Nivia Castellanos</i>		<i>Carol Melissa Cardozo</i>	
		Si el folclor fuera persona, se llamaría Leonor González Mina	81
		<i>Maria Paula Garcia Garavito</i>	



Presentación

La palabra toma vida de nuevo

En nuestro tercer número de la revista Vida de Palabras, las crónicas, reportajes, entrevistas, poesías y semblanzas de estudiantes y egresados del Programa de Comunicación Social – Periodismo de la Universidad del Tolima, reaparecen para lograr desde las letras, trasportarnos al ritmo afrocolombiano de nuestra Cultura.

Vida de Palabras quiso, además de reconocer a uno de nuestros baluartes de la cultura oral, hacer un homenaje a la mujer como parte medular de nuestra sociedad, que ya hoy no sólo es madre y esposa, sino que también ocupa un espacio laboral, político y cultural cada vez más representativo. Si tomamos en cuenta que esa mujer que hoy representa a todas las mujeres de Colombia,

es además afrocolombiana, nacida en provincia, en un corregimiento del pacífico colombiano, entendemos de inmediato que en ella se han reunido especiales condiciones de segregación y discriminación.

En el caso específico de las mujeres de ascendencia africana en la región, cabe anotar que la Red de Salud de Mujeres Latinoamericanas y del Caribe, tiene número especial del boletín electrónico Mujer SaludHable, que se refiere a la discriminación socio-racial y a la exclusión que sufren las mujeres afrolatinoamericanas y afrocaribeñas. Aquí un fragmento del artículo que escribió dicha Red: *“Es necesario enfatizar que las mujeres afrolatinas luchan de manera desigual contra la exclusión socio-racial, si se les compara*

con los hombres; puesto que en ellas se entrecruza el componente de género con su pertenencia al grupo poblacional conformado por los(as) descendientes de africanos(as) esclavizados(as), hecho que potencia su situación de segregación. Ha sido precisamente la constatación de esta doble forma de discriminación lo que ha impulsado a las mujeres afrolatinoamericanas y afrocaribeñas, a levantar sus voces para exigir que su agenda reivindicativa tenga respuestas con las especificidades necesarias y en los niveles que corresponde, incluyendo al interior del mismo movimiento afrolatinoamericano". Esta situación se debe revertir, entre otras formas, enalteciendo los aportes de mujeres, como la maestra Leonor González Mina, nuestra Negra Grande de Colombia, reivindicando a las mujeres como sujetos fundamentales de la sociedad, y medulares para la construcción de nuestra nación.

En esta edición precisamente buscamos resaltar a la población afrocolombiana, que representa el 26,83% del total de la población del país, con más de 11 millones de ciudadanos. Por ello, Vida de Palabras reconoce su contribución a nuestra identidad como nación, la cual va mucho más allá de la gastronomía, el deporte o las

artes escénicas. Dicho aporte está presente en la ciencia, la política, la industria y las dinámicas económicas en general, haciendo de Colombia un país pujante, a pesar de sus múltiples dificultades.

Las páginas de nuestra tercera edición de la revista Vida de Palabras, escudriñan en esta oportunidad a un ícono nacional, La Negra Grande de nuestro país, quien nos deleitó con toda su historia de vida, en la que los colombianos debemos tomar como propias sus experiencias y luchas que por más de 60 años de vida artística, ha formado parte de los mejores momentos de la música del Caribe y el Pacífico colombiano.

Leonor González Mina, quien no sólo ha sido cantante, también incursionó en la actuación y en la política; grabó cualquier cantidad de seriados, dramatizados y telenovelas, en los que interpretó personajes como Hipólita, aquella nana del Libertador en *Bolívar: El Hombre de las dificultades*, dirigida por Jorge Alí Triana; y a Zenobia, en *Azúcar*, bajo la batuta de Carlos Mayolo. También incursionó en el cine, en la danza y en el teatro.

En su historia queda plasmada la lucha de una mujer



combatiente de la cultura y de la vida. Con este homenaje, la Fundación Abrapalabra, como líder de la cultura en Ibagué, y nuestro programa de Comunicación Social - Periodismo, aportamos un eslabón más en el compromiso que tenemos con nuestra ciudad y como universidad pública, en lograr que las nuevas generaciones lleven por sus venas a nuestro país, particularmente desde quienes han sido los constructores y constructoras de sueños que marcaron a generaciones enteras, como lo es Leonor González Mina, la Negra Grande de Colombia.

Rafael González Pardo

*Director Programa
Comunicación Social - Periodismo
Universidad del Tolima*

Ricardo Cadavid

*Director
Fundación Abrapalabra*



“La Negra Grande de Colombia”, 60 Años de vida artística

Juan Andrés Romero¹

Las raíces

Leonor González Mina, “La Negra Grande de Colombia”, nació en Robles, corregimiento de Jamundí, Valle del Cauca, el 16 de junio de 1934, en un hogar de tradición agrícola. Sus primeros encuentros con el arte se dieron desde los cinco años cuando imitaba el canto de los pájaros por toda la finca, y su madre y sus tías, la llevaban a las ceremonias de la iglesia evangélica donde cantaban; mientras ella cerraba los ojos y sentía que volaba.

Años después, sus padres compraron una casa en Cali y matricularon a Leonor en un colegio de monjas, del

que se fugó para asistir a una pequeña escuela, sin que sus padres se dieran cuenta. Allí cautivó con su voz a la rectora de la institución, quién la llevó al despacho de Antonio María Valencia, Director del Conservatorio de Cali, quien causó su primera frustración artística al decirle a la rectora: *“¿Y usted por qué me trae esa negra aquí? ¡Aquí no recibimos negros!”*.

Pero la pasión de Leonor siguió en contra de la corriente y la llevó a desbordar los intereses de su familia, que deseaba que se graduara de enfermería u odontología, y trabajara en el hospital que soñaba construir uno de sus hermanos, estudiante de medicina. Pero la decepción fue grande cuando abandonó el colegio decidida a estudiar música. La respuesta de la familia no se hizo esperar y fue enviada a Robles a ocuparse de los oficios de la finca.

¹ Comunicador Social- periodista de la Universidad del Tolima

Sólo uno de sus hermanos, que estudiaba Derecho, logró entenderla; le cultivó el gusto por la lectura y le comentó al médico y escritor Manuel Zapata Olivella; que tenía una hermana dada para el baile y el canto. Manuel viajó a Robles, conoció a Leonor y la invitó a integrar el grupo folclórico que dirigía su hermana Delia Zapata, y que estaba próximo a viajar a Europa. Ella aceptó y sacó la ropa de su casa de a pocos y la guardó en la casa de una amiga, y se fue para Bogotá sin avisar, a los 18 años.

“Folclor Colombiano”

Leonor conoció en la capital al grupo “Folclor Colombiano” dirigido por Manuel y Delia Zapata Olivella, formado por cantantes y bailarines que le enseñaron canciones populares de la Costa Atlántica y Pacífica colombiana. Viajó a Francia y se alojó en las residencias estudiantiles de la Sorbona y pronto pasaría de bailar, a realizar sus primeras presentaciones como cantante, en el Teatro Olympia de París.

El viaje siguió gracias a la gestión de Delia y Manuel, quienes consiguieron una presentación para el grupo en

el “Festival de la Juventud” en Moscú. Leonor descubrió decenas de culturas y paisajes que comparó con los que había imaginado en “Las mil y una noches”, y conoció en el tren hacia Polonia al escritor Gabriel García Márquez, con quien se encontraría varias veces, hasta convertirse en grandes amigos, antes de cantar en la entonces Unión Soviética, China y Alemania, donde terminó la gira.

“Cantos de mi tierra y de mi raza”

Leonor regresó a Colombia con la idea de visibilizar la cultura negra. Se retiró del grupo “Folclor Colombiano”, y empezó a cantar en varias ciudades del país.

Conoció en Manizales al músico, compositor y periodista Esteban Cabezas, de quien se enamoró. Tiempo después, Fanny Mickey convocó a Esteban para realizar la publicidad del “Festival de las Artes de Cali” y también invitó a cantar a Leonor, quien deslumbró a Hernán Restrepo Duque, director de la disquera Sonolux, quien le propuso grabar su primer disco.

Esteban inició la ardua tarea de recoger las canciones más sobresalientes de la cultura negra colombiana,

para que Leonor las interpretara. Reunió un conjunto de once canciones en un disco que titularon “Cantos de mi tierra y de mi raza” (1964), que contiene temas que se volvieron populares en boca de millones de colombianos:

- El pescador (José Barros)
- Angelitos negros (Andrés Eloy Blanco y Manuel Álvarez Maciste)
- Pájaro que deja el nido (Juan Mina)
- Murió la reina (Rafael Hernández)
- Canoa Ranchada (Anónimo)
- Negro (Nelson Estupiñán y T. García Pérez)
- A la mina (Esteban Cabezas)
- Canción del boga ausente (Candelario Obesso y Esteban Cabezas)
- Tío Guachupecito (Antero Agualimpia)
- Berejú Currulá (Esteban Cabezas y Helcías Góngora)
- El rey del río (Rubén Castro Torrijo)

Así nació “La Negra Grande de Colombia”, bautizada por Hernán Restrepo Duque para el lanzamiento de este disco, Leonor González Mina logró visibilizar a

las comunidades negras a través de la música, con la ayuda de su esposo Esteban, encauzando parte de las corrientes musicales del Atlántico y el Pacífico en más de 30 discos que buscaban la abolición de la discriminación y la inclusión de las comunidades negras colombianas.

Años más tarde, Esteban y Leonor, “La Negra Grande de Colombia”, tuvieron dos hijos; Candelario, quien viajó muy joven a Italia donde estudió música en el Conservatorio de Milán, y Juan Camilo, quien estudió Economía y Administración de Empresas. Leonor se separó de Esteban luego de 19 años de matrimonio.

Candelario murió a los 34 años, mientras trabajaba en la modernización de la música de las películas de Federico Fellini, y Juan Camilo se convirtió en político y defensor de los derechos humanos de las comunidades afrocolombianas.

El monólogo de “La negra Chambimbe”

“La Negra” fue una de las primeras artistas colombianas en complementar la música con el teatro y el baile, y la primera mujer negra en ser publicada en la carátula

de un disco y debutar en la televisión colombiana, interpretando el monólogo de “La negra Chambimbe”, dirigida por el maestro Bernardo Romero Lozano.

También participó en otras producciones de televisión como: “Un ángel llamado azul” (2003), “La viuda de blanco” (1996), “Azúcar” (1989), “Bolívar, el hombre de las dificultades” (1981).

De la misma manera, hizo parte de diferentes producciones de cine nacionales y extranjeras, entre las que se destacan: “Crónica de una muerte anunciada” (1988), “Mariposas S.A.” (1986), “El manantial de las fieras” (1982), “El último asalto” (1982), “Más fuerte muchachos” (1972) y “Del amor y otros demonios” (1994).

Alguien tan polifacético en las artes, por supuesto también hizo teatro. La obra que recuerda con más cariño fue la comedia musical “Sorprendidas”, actuando y cantando junto a Constanza Duque, Maryluz, Lucero Gómez, Juliana Barrios, Iveth Zamora y Yolanda Rayo.

Representante a la Cámara: el desencanto

Años más tarde, “La Negra” incursionó en la política colombiana en busca del mejoramiento de las condiciones de vida de la primera infancia, por invitación e insistencia de Piedad Córdoba. Participó en las elecciones de 1998 y fue elegida como Representante a la Cámara por Bogotá, con un total de 23.908 votos. Su paso por la política fue un desencanto debido a los altos niveles de corrupción de las instituciones y de la mayoría de los políticos, que intentaron sacarla del Congreso de la República en dos ocasiones.

Una vida de reconocimientos:

A lo largo de sus sesenta años de vida artística, Leonor González Mina ha recibido un sin número de reconocimientos y premios a nivel nacional e internacional. En 1968, obtuvo el primer lugar en el II Festival Costa a Costa, realizado en Uruguay. En 1978, el presidente venezolano Carlos Andrés Pérez, la condecora con la Orden Andrés Bello. En Chile recibió un reconocimiento como la mejor artista invitada al Teletón.

La Sociedad Latinoamericana India en Rahastan, también la condecora.

Ha realizado conciertos en el Madison Square Garden de Nueva York. En 1990 fue invitada por Min-On Concret Association Inc. of Tokio, para realizar una gira por Japón e inaugurar el Museo de Arte Fuji. El Parlamento Andino en Quito (Ecuador) le extendió en el 2014, una invitación especial al Encuentro de Cantoras Bolivarianas, como parte central de un homenaje a Manuelita Sáenz.

Con más de 80 años de vida, continúa vinculada al mundo del arte y la cultura. Prepara una gira por México para el 2015, hace recitales y conciertos, y grabó para Virgin, con su inconfundible estilo la famosa canción de Aterciopelados “Florecita rockera”. Está realizando el doblaje de voz para un proyecto cinematográfico, participando activamente en la escritura de un libro sobre su música y grabando un nuevo disco para celebrar sus sesenta años de vida artística.

En el año 2014 cantó en un Concierto en homenaje a sus 60 años de vida artística, en el Teatro Mayor Julio Mario Santo Domingo. El 23 de abril del 2015, visitó el Teatro Tolima de la ciudad de Ibagué, para el homenaje que le rindió la Capital Musical de Colombia, en un evento organizado por el programa de Comunicación social y periodismo de la Universidad del Tolima y la Fundación para el Desarrollo Social y Cultural Abrapalabra.

En sus ratos libres, “La Negra Grande de Colombia” disfruta de la tranquilidad en un apartamento en el sur de Cali, y de la compañía eventual de su hijo Juan Camilo y de su nieta Juana, y de las personas que desean conocer las luchas, las victorias y los reconocimientos de su vida, mientras cuenta su sueño de abrir una empresa para las mujeres, una escuela de arte para los niños y volver a imitar el canto de los pájaros en Robles, donde quiere pasar el resto de su vida.



Una mirada al aporte de las mujeres afrodescendientes en la construcción de la nación: Homenaje a la Maestra Leonor González Mina

Leonardo Reales Jiménez¹

El aporte de las mujeres afrodescendientes a la identidad y construcción de la nación, se remonta a la llegada de las primeras africanas esclavizadas hace cinco siglos, a la actual República de Colombia. En la época colonial, dichas mujeres y sus descendientes jugaron un papel crucial en las dinámicas socio-económicas y culturales que darían forma a la posterior sociedad republicana. Las mujeres afro fueron igual de determinantes que los hombres, para ganar la guerra por la Independencia.

Si no fuera por las contribuciones de las mujeres negras, afrocolombianas, raizales y palenqueras, hubiera sido muy difícil que la independencia llegara a feliz término en

¹ Columnista invitado. Ph.D.(c) en Ciencia Política, Magister en Economía y Relaciones Internacionales, Historiador y Politólogo. Consultor internacional en derechos humanos, liderazgo y desarrollo. Activista y comediante afrocaribeño.

las fechas que hoy conocemos. Algunas eran enfermeras valiosas y conocían muy bien otras labores relevantes en el marco de una guerra. En 1825, el viajero europeo Carl Gosselman escribió: *“La enfermera era una negra alta, de edad avanzada, cuyo pelo crespo comenzaba a blanquear. No puedo dejar de mencionarla, ya que, según mi opinión, fue quien me salvó. Pese a su color y extraño nombre, Matías, cuidó de mí con preocupación maternal.”*²

También Charles Empson reseñó una vivencia que muestra cuán valiosas fueron las mujeres afro en el siglo XIX. Empson escribió: *“Nuestra cocinera se llamaba*

² Gosselman, Carl. Viaje por Colombia, 1825-1826. Banco de la República. Archivo de la Economía Nacional. Bogotá, 1981, pág. 108 Nota: *Agradezco al historiador Jaime Jaramillo, quien me facilitó esta cita en Bogotá, 2001.* En: Reales, Leonardo. Prensa, abolición y racismo hacia los(as) afrocolombianos(as). Tesis de Pregrado en Historia. Universidad de los Andes, Bogotá, 2001, págs. 26-27

*Manuela, o como le decían los empleados, Señora Manuela. Había sido esclava y aprendiz de culinaria en la cocina del virrey. Manuela obtuvo su libertad en Cartagena, sirviendo en un hospital, donde prestó grandes servicios al ejército libertador, por su habilidad y atención. Como enfermera era invaluable”.*³

El europeo Empson, igualmente describió a esta mujer afrolatinoamericana como una persona muy capaz e inteligente: “(...) *Era un prodigio de cocinera, enfermera, organizadora, cirujana, curaba todo: la picadura de culebra, las patadas de mula, la mordida de murciélago, educadora de papagayos, etc.*”⁴

Las mujeres afro fueron imprescindibles en aquella difícil época, no sólo porque salvaban soldados y personas, sin importar el color de la piel, a través de las labores médicas citadas, sino porque muchas amamantaron a los(as) hijos(as) de los(as) amos(as) y/o de los oficiales - antes, durante y después de la guerra - con el fin principal

³ Empson, Charles. Narratives of South America. Illustrating Manners, Customs, and Summary. London, By William Edwards. Ave Maria Lane, 1836, págs. 53-67 Nota: Esta cita fue tomada del material de viajeros del Archivo del Museo Británico de Londres, y me la facilitó el profesor Jaime Jaramillo Uribe. En: Reales, 2001. Op.Cit., págs. 27-28

⁴ Ibid.

de lograr la libertad. El caso más famoso quizás fue el de la llamada “negra Hipólita”, la nana de Simón Bolívar, a la postre libertador de cinco naciones.

Las africanas y afrocolombianas, fueron también estratégicas al servir como espías y transmitir la información más importante sobre los movimientos de los batallones enemigos, por supuesto con el fin de ganar las batallas que terminarían inclinando la balanza a favor del ejército patriota.

El carácter de luchadoras incansables de estas mujeres, sin duda guerreras, también lo podemos apreciar en formas de resistencia como el cimarronaje (huida del cautiverio), esa opción de vida afro en los palenques, esos pueblos libres que la misma población cimarrona construyó en distintas regiones del país. Las mujeres africanas y afrocolombianas llegaron a ser tan creativas en el contexto de su lucha, que hasta en los peinados (las trenzas) hacían los mapas con rutas de escape que debían seguir otros(as) cimarrones(as) para lograr su libertad.

Por otro lado, las mujeres afrodescendientes en América Latina y el Caribe, siempre fueron reconocidas por sus habilidades culinarias. La permanencia en la región de

comidas de origen africano como el ajiaco, comida que el poeta afrocubano Nicolás Guillén cita en uno de sus famosos versos: “*ya me pedirás perdón, ya comerás de mi ajiaco, ya me darás la razón*”,⁵ demuestra el impacto determinante del legado de África en el gusto latinoamericano y caribeño.

Es importante realizar estudios sobre las mujeres afro, sus legados y su participación vital en todos los procesos de construcción de la nación. Hoy tenemos como gran referente a la maestra Leonor González Mina, nuestra Negra Grande de Colombia. La maestra Leonor es una muestra de la trascendencia implícita en las luchas históricas de miles de mujeres afro, a lo largo y ancho país. Es además un ícono nacional desde hace varias décadas. El legado de la maestra Leonor es tan grande como la misma Colombia.

La abolición de la esclavización no implicó cambios trascendentales para las mujeres afro. Al igual que las demás mujeres, fueron excluidas de la posibilidad de ejercer cargos de elección popular por más de un siglo. A pesar de que los afrodescendientes en su conjunto, viven en regiones vulnerables y tienen por lo general los trabajos

⁵ Guillén, Nicolás. *La Canción del Bongó*. En Reales (2001).





de más baja remuneración, el peso de la discriminación es mayor para las mujeres afro. Sus múltiples papeles, dentro y fuera del hogar, no se reflejan adecuadamente en su posición social, su empleo y su salario.⁶

Las mujeres afrodescendientes también soportan las consecuencias de la violencia de género, doméstica, sexual y psicológica. Por ello buscan organizarse a nivel local, nacional y regional, considerando que es la mejor manera de enfrentar los problemas mencionados, sin descuidar sus funciones como transmisoras de valores, tradiciones y saberes.⁷

En el marco internacional, vale la pena destacar la Declaración Oficial de la Reunión de las Américas, preparatoria a la Conferencia Mundial contra el Racismo, la Discriminación Racial, la Xenofobia y Otras Formas de Intolerancia, realizada en Santiago de Chile en 2000, la cual se convirtió en una herramienta histórica para los pueblos afrolatinos, que tuvieron un gran avance al lograr que sus problemáticas y necesidades fueran

⁶Generar una voz para las mujeres afrolatinoamericanas. En: Informe de la Unidad de Desarrollo Social de América Latina y el Caribe. Boletín La Ventana. Banco Mundial. www.worldbank.org/afrolatin. Washington DC, 2002, pág. 1

⁷ Ibid.

explícitamente reconocidas y vinculadas a la presencia del racismo estructural propio de la región.

Dicha Declaración, visibilizó el hecho de que la discriminación racial y la xenofobia, se manifiestan de manera desproporcionada hacia las mujeres afro, empeorando su situación de desigualdad social, económica, política y cultural, desconociendo y violando sus derechos humanos. Y lo más importante: en ella se reconoció, paralelamente, a las mujeres afro como actores y sujetos de los compromisos gubernamentales. En un escenario internacional propio del Sistema de Naciones Unidas, se logró identificar a los pueblos descendientes de personas esclavizadas - y a las mujeres en particular - como un sector prioritario en la lucha contra el racismo, la xenofobia y todas las formas conexas de intolerancia.⁸

A pesar del tratamiento desigual a nivel político, educativo, económico y laboral, las mujeres afro han desarrollado redes de organización y liderazgo social a nivel local, nacional e internacional. Ejemplo de ello, es la Red de Mujeres Afrolatinoamericanas y Afrocaribeñas, un grupo de organizaciones de mujeres de ascendencia

⁸ Día Internacional de la Mujer Afrolatinoamericana y Afrocaribeña, 2003., S.P. En Reales (2001).

afro que ha trascendido en la región, más allá de las múltiples limitaciones expuestas.

Las soluciones que esta Red propone sobre problemáticas particulares de las mujeres afro son: *Proporcionar entrenamiento en destrezas de liderazgo para preparar a las mujeres con el fin de que participen en la política local, regional o nacional; llevar a cabo campañas de sensibilidad para acabar con la discriminación socio-racial y estereotipos negativos que afectan a la población afro; hacer énfasis en la necesidad de educación formal e informal; y fortalecer los lazos entre las organizaciones de mujeres de ascendencia africana.*⁹

Luego de siglos de luchas socio-políticas y culturales de mujeres afro valientes, como precisamente la maestra Leonor González Mina, hoy podemos reconfirmar que su legado es un patrimonio nacional y universal. No en vano sus descendientes - nuestras hermanas - día a día siguen luchando por ser partícipes del desarrollo socio-económico, político y cultural, demostrando de paso que la inclusión real (en la práctica), es el mejor sinónimo de progreso en los países pluriétnicos y multiculturales como Colombia.

⁹ Ibid.



Un canto a la vida, desde las entrañas de la resistencia

Jacob Leonardo Ibargüen¹

“Vi el llanto de los oprimidos, sin tener quien los consuele; la violencia de sus verdugos, sin quien los vengue. Felicite a los muertos que perecieron, más que a los vivos que aún viven.” (Eclesiastés 4,1)

Es inexplicable la conexión emocional y la interacción de energías que emanan de una buena canción. Hablo de esas canciones que tocan lo más profundo de los sentimientos, que transgreden el más tranquilo de los pensamientos y, en consecuencia, te llevan sin lugar a dudas a descubrir que detrás de esa voz angelical y melodía armoniosa, se encuentra un mensaje claro y contundente.

¹ Estudiante de décimo semestre de Comunicación Social - Periodismo de la Universidad del Tolima

En el folclor colombiano, existen muchas canciones que se han destacado con gran notoriedad en la industria musical nacional e internacional. Quizás una de las más emblemáticas y representativas, sobre todo de la región pacífica, es ‘La mina’, en la voz de La Negra Grande de Colombia. Una canción que nos transporta a uno de los episodios más oscuros de la historia de la humanidad, del cual fueron víctimas las personas negras, afrodescendientes y palenqueras, no sólo en el continente americano, sino alrededor del mundo, mediante el nefasto proceso de esclavitud.

‘La mina’, hace parte del primer álbum discográfico que grabó Leonor González, en 1964, el cual tuvo como nombre “Cantos de mi tierra y de mi raza”, con una influencia marcada de la cultura negra del pacífico colombiano; influencia que, según ella misma reconoce,

llegó de la mano de su primer y único esposo, Esteban Cabezas Rher, un hombre del pacífico inquieto por la cultura y sus raíces africanas, quién le trasmitió gran parte de su conocimiento sobre los cánticos ancestrales de las comunidades negras.

Composiciones como “La mina”, son la prueba fehaciente de la fatalidad de una raza que ha sabido sobreponerse a múltiples adversidades, para reinventarse y re-existir a través de su música, sus danzas, su cultura, cantando su dolor, soñando la utopía, viviendo el día sin olvidar la historia. Es importante señalar aquí, que esta hermosa y dura canción, tiene como cimiento un suceso histórico que, según el antropólogo Esteban Cabezas, tuvo lugar en las minas de Sanabria.

Transcurría la década de 1870, cuando a las minas de Sanabria, municipio de Iscuandé, conocido también como Santa Bárbara de Iscuandé y ubicada en el extremo noroeste del departamento de Nariño, llegaron colonizadores españoles fuertemente armados sometiendo, y cometiendo horribles asesinatos en contra de la comunidad, llevando así el terror, la muerte y el saqueo de los recursos naturales a estas tierras.

Según Esteban Cabezas y las investigaciones que realizó, hombres líderes de la comunidad negra de este territorio, que no veían en la esclavitud, en el trabajo forzado bajo condiciones paupérrimas, una opción de vida digna, decidieron en un acto de heroísmo, desespero, valentía, o desesperanza, dinamitar la mina y explotarla con ellos dentro. Años después fueron encontrados en las profundidades de la mina de socavón, los cadáveres de los 18 hombres que se convirtieron, sin lugar a dudas, en el referente auténtico que dio origen a la letra de esta canción.

Quién podría discutir los motivos que llevaron a estos hombres a tomar semejante decisión, que les permitió cuestionar el valor que tiene la vida cuando han desangrado de la existencia, hasta la última gota de esperanza. Qué sentido hay en el amanecer de un nuevo día, si no importa cuántas veces amanezca, la realidad será tan oscura y siniestra como los anhelos y ambiciones de quienes sentenciaron el destino de generaciones, al inframundo más inhumano que el hombre haya conocido. Quién puede explicar esa sensación de no saber nadar y aun así, seguir adentrándose en el profundo mar de la impotencia.



Cuando la vida significa muerte y la muerte vida, sólo allí, en ese momento, en ese lugar donde no eres nada ni nadie, en ese escenario cuando ya no quieres seguir siendo una “cosa” que se vende y que se compra, cuando sabes que el aire más puro que has logrado respirar está compuesto por infinidad de gases tóxicos, cuando tus manos y tu cuerpo han llegado a tal punto de dolor y desgarró, que la piel deja de ser piel para convertirse en hueso, cuando has dejado de percibir el sol, cuando tu columna ha dejado de saber cuál es su posición natural de tanto tiempo que ha tenido que estar agachada en las profundidades de la tierra, cuando el oro no es riqueza sino muerte, cuando la muerte es la cura para sanar los dolores de la vida, entonces es el momento de susurrarle a la humanidad :

*“Aunque mi amo me mate
a la mina no voy,
yo no quiero morirme en un socavón
– Don Pedro es tu amo, él te compro.
– Se compran las cosas, a los hombres no.
– Tú eres su esclavo.*

*– No mi señor, y aunque me aten cadenas
esclavo no soy”*

Sin duda es una canción de protesta, un canto a la vida, con una idea plagada de resistencia y un deseo de emancipación descomunal. Además, posee una fuerza que sólo la protagonista de esta crónica podría personificar.

Leonor González Mina, cuando entona este coro, logra matizar y dar fuerza a semejante acto de sacrificio hecho en las minas de Sanabria, pero también a los sacrificios realizados por indígenas que ahogaban a sus hijos para evitar todo el sufrimiento que la explotación traía consigo, a las parteras haitianas que desencajaban la mandíbula de los niños recién nacidos, para que no pudieran ser amamantados y murieran, evitando así que fueran convertidos en esclavos. Esta canción es un grito de esperanza y resistencia a las diferentes luchas sublimes que anhelan libertad desde las profundidades de las entrañas. Es un tema musical que ha logrado mantenerse vigente en el tiempo, gracias a que las situaciones que en él se narran, no parecen llegar a su fin, por lo menos no en su esencia. En diferentes lugares de la región pacífica

siguen aconteciendo con una frecuencia insospechada. Y Leonor es consciente de ello, por eso manifiesta su profunda tristeza cuando escucha noticias de minas que se derrumban, dejando saldos mortales para comunidades negras, como en López de Micay, Timbiquí y Guapí, entre otras; por la irresponsabilidad del estado colombiano y los malos manejos de gente ambiciosa, que no garantizan un mínimo de seguridad para quienes allí trabajan, al mejor estilo de los antiguos amos.

Creo que aquí es donde en términos políticos y para las nuevas generaciones, se hace vital la idea de esta canción, pues nos está diciendo que aunque en el papel y en apariencia, la esclavitud haya sido abolida en Colombia, las prácticas históricas que cimentaron el sistema colonial de explotación, aún siguen vigentes.

Esa es la cruda realidad de una Colombia diversa, llena de contradicciones, que sigue sumergida en agudos problemas y desigualdades sociales, con un tinte racista, donde la música en gran medida ha sido la válvula de escape para muchos que han decidido cantar su sufrimiento, gritar sin miedo y murmurar al oído de muchos, esa verdad que su vida significa.

Leonor González Mina, aporta un legado inconmensurable para la música y el folclor colombiano, que servirá de guía y referencia para las nuevas generaciones, quienes deben asumir con dignidad, la tarea de humanizar a través de la música, de destruir los imaginarios e imágenes preconcebidas de las comunidades negras de este país, y en definitiva, romper paradigmas, evolucionar hasta hacer de la música del pacífico y de la Colombia negra, un canto a la vida, que nace desde las entrañas de las resistencia.

Como diría Harriet Beecher Stowe, escritora de la muy afamada novela “La cabaña del tío Tom”, que marcó de manera sustancial, la vida de Leonor González Mina: *“Las lágrimas más amargas derramadas sobre*

nuestras tumbas son por las palabras nunca dichas y las obras inacabadas”.

La Negra grande ha reconocido que esas palabras resuenan en su mente cuando canta el conocido coro de “La mina”.

Y en ese sentido, Leonor, ha logrado decir a través de la música, todo lo que ha podido. Su obra es un ejemplo para muchos y representa, sin lugar a dudas, las luchas de un pueblo, de las mujeres, de los jóvenes, de los niños y niñas, de los cautivos, quienes ven en su música, la posibilidad de aproximar mundos y de exteriorizar ese deseo de libertad que habita dentro de cada uno de nosotros.



para: Leonor González Hinojosa
con mucho cariño
Nauri Arriaga

Como musa negra por Colombia

Rusvelt Nivia Castellanos¹

Ella es una mujer de sonrisa libre, posee un entusiasmo encantador y su voz llena la vida de alegría. Leonor González Mina ama a su gente con sus canciones, representa la gentileza folclorista con madurez. La personalidad de esta colombiana es musical, muy artística. Desde su alma, prende susurros de paz, corea inspiraciones costumbristas y esplende cumbias maravillosas, dedicándolas con hermosura para el porvenir popular.

En tanto a lo febril, Leonor, La Negra Grande, casi siempre ha estado cantando poesías. De niña hasta hoy ya como señora, saca de su boca líricas pintosas, que

eleva hasta la emotividad. Ella, a lo entonada, rememora ensoñaciones de pescadores, a la vez que musita dulzuras, y las propaga por América Latina, haciendo de los conciertos experiencias agradables, colmando las noches de magia, reanima lo fraternal. Esta cantora consigue ser estupenda. Evidentemente, su presencia fomenta la sana festividad. Con esta dama, todo se pone de jolgorio y muy colorido, fascina esperanzas de amores a los paisanos quienes oyen sus remembranzas, sublimando purezas de sonoridad.

Por inspiradora, muchos jóvenes y viejos la conocen en los pueblos. De verdad la quieren por su alta genialidad. Mas sobre todo, la admiran en su tierra de Robles. Seres queridos junto a conocidos, la abrazan y la elogian entre gratitudes. Allí bien, Leonor ha emprendido la cultura regional entre comparsas exóticas, ha presentado

¹ Comunicador Social- periodista de la Universidad del Tolima. Literato.

asimismo sus serenatas, cuyas realizaciones idílicas, han perseverado con sinceridad y por la fama suya, mereció varios reconocimientos en festivales de música colombiana.

A lo mayormente gloriosa, su belleza de mujer valluna, danza en los teatros del extranjero, allá, sobre el escenario, mueve el cuerpo como una beldad entre las luces, las manos realza siendo simpática, demuestra lo espiritual, más menea su vestido exuberante de rosas; recitando lo suyo con euforia. La “Negra”, lleva la intimidad típica de nuestro país en la cabeza y se la expresa a la humanidad. Por ser además tan bondadosa, Leonor practica la revolución artística del Pacífico. Debido al talento que ha

divinizado, fusiona lo vocal con lo teatral, y así recrea lo mítico para exaltar su propia tradición, que decanta a las generaciones del mundo.

Sobre lo esencial entonces, ella es una musa romántica, quien da su armonía por la salvación social. A enardecimiento adora la raza suya con sabiduría; la recuerda y siente demasiado entre suspiros. Ella al hecho, por este sentido de pertenencia, loa y trasciende verdaderamente lo inmemorial.

Y la Negra Grande de Colombia, radiante de lindura, nos destapa el corazón cuando evoca sus melodías, palpitando en sensibilidad, suprema a lo soprano hasta la fantasía.

Soprana entre las luces

Un poema para Leonor González Mina²

*La Negra se crece con la música,
su voz esparce sonoridad de pájaras cantoras,
lo sentimental entona por la excelsitud,
ella evoca al folclor de sus ancestros,
silbando leyendas con supersticiones;
así entre lo virtuosa,
revive a los nativos de su raza junto a los ríos,
los embellece en sus melodías con adoración,
profesa al regocijo de ellos entre la naturaleza pacífica;
más fiel a la revelación,
consigue recitar los sortilegios de este paraíso,
lo suyo es una ventisca de mitopías sorprendentes,
ella rebosa y canta como el cielo mora,
perpetuando a nuestra madre colombiana.*

² *Rusvelt Nivia Castellanos*, literato de Colombia





Cantos de una tierra olvidada

Nicolás Mora Gómez¹

La invisibilización de las tradiciones ancestrales de pueblos indígenas y negros del Pacífico, que son víctimas del centralismo cultural, produce como resultado el sometimiento a imaginarios en donde hacemos y somos país, desde unas urbes aparentemente blancas, pero pobladas de mestizaje. Bambucos, pasillos, guabinas y cumbias, son parte del escaso uso del legado musical que se utiliza para hacer referencia a todo aquello que se denomina música colombiana; y aunque la lucha que libra toda nuestra música tradicional por sobrevivir es evidente, la situación para las expresiones sonoras en las periferias de nuestro país es aún más crítica. La música de los Llanos Orientales apenas se mantiene viva gracias a ese

inconfundible galopar de armonías, que en poquísimas ocasiones escuchamos; y la música del pacífico colombiano es aparentemente inexistente para la mayor parte de la población; historia que además se repite con la Amazonía.

Hace poco más de cincuenta años, bajo un contexto similar al actual, donde abozos, bundes y currulaos, eran términos desconocidos para gran parte de la sociedad, nació *Cantos de mi tierra y de mi raza*, el primer álbum de Leonor González Mina; un trabajo que recopiló los cantos de una cultura que a través de su música se resistía a desaparecer.

El Tío Guachupecito es una de esas historias extraídas de los tesoros narrativos del Pacífico. En ésta, encontramos la posibilidad de apreciar la cercanía entre los habitantes de la región:

1. Estudiante de tercer semestre de Comunicación Social- Periodismo de la Universidad del Tolima

*En los ríos del litoral pacífico, hay un pez negro, largo y flaco llamado Guachupé. A todo negro largo y flaco le dicen guachupé, y por cariño lo nombra guachupecito. Todo negro viejo es tío y todo negro joven sobrino. El tío guachupecito va subiendo por el río con su recatón y su palanca, empujando su canoa, cuando los sobrinos lo alcanzan a ver en la orilla y le gritan:
- Tío guachupecito, siéntese, siéntese, siéntese.*

Otra composición es “Angelitos Negros”, allí se expresan los reclamos de una persona negra y el deseo de poder apreciar algún día, pinturas de ángeles negros al igual que las realizadas con hermosos ángeles blancos, adecuándose lo anterior a las tradiciones de una Colombia rígidamente católica:

*Pintor nacido en mi tierra,
con el pincel extranjero.
Pintor que sigues el rumbo
de tantos pintores viejos.
Siempre que pintas iglesias,
pintas angelitos bellos;
pero nunca te acordaste*

*de pintar un ángel negro.
Pintor, si pintas con amor,
por qué desprecias su color
si sabes que en el cielo
también los quiere Dios.*

Éstos, son dos ejemplos de un álbum en el que cada pieza musical es un tesoro que da testimonio de la situación, no sólo del pueblo negro del pacífico, sino de una sociedad que aún discrimina y redirecciona la mirada hacia otro lado cuando de enaltecer a los portadores de nuestra esencia cultural colombiana se trata. Estas composiciones no pierden vigencia, pues pese a las muchas décadas transcurridas, aún se pueden considerar como referentes de una realidad gobernada por la marginación, el racismo, el desplazamiento y el olvido.

Leonor González Mina, logró lo que en su época era impensable: La aparición del rostro de una mujer negra en la portada de un disco, y posteriormente en los escaparates de las tiendas en que se vendían; fue ella quien dio inicio al rompimiento de unos esquemas que irónicamente, después de más de medio siglo, seguimos enfrentando.

El legado de La Negra Grande de Colombia y los compositores de sus canciones (Esteban Cabezas, quien fue su esposo, Mario Gareña, Antero Agualimpia Mosquera, entre otros) abrieron puertas a la música de las selvas del pacífico, hacia el interior y el mundo: Su música cruzó fronteras hacia el exterior cuando en su propio país estaba atrapada por la segregación racial.

Si hoy en las ciudades pobladas de la cordillera central y occidental, cantan los cachacos la historia de una canoa de bareque, que sube la corriente con chinchorro y atarraya, fue porque hace más de 50 años, una negra, con una voz potente, con un amplio registro vocal, capaz de subir tres octavas, gritó tan fuerte, tan fuerte, que gracias a ese grito y a ese canto, la música negra entró de visita en las casas de los cachacos, y entró para quedarse.

Así como unos años antes, a golpe de machete, los negros esclavos abrían los caminos para sacar a los puertos, los productos que exportaban los blancos, así la voz de la Negra Grande de Colombia, abrió surcos para que llegara a las ciudades del centro de Colombia, el mejor producto que los negros del Pacífico tenían para mostrar, lo único que no les quitaron, su cultura, su música, su dignidad.





El gran escape¹

Ricardo Cadavid²

En Yarumal no hay perros

Felipa tenía que llegar hasta el cruce de caminos que separaban la hacienda de los Arboleda y la de los Mosquera, atravesar el hato de la familia Ibargüen, y apartarse de los caminos reales. Iba descalza, con los pies sangrando por tres días de camino. No era su culpa. No era torpe como decía el cura, ni la señora de la casa, eran sólo las espinas, los empedrados bajo la maleza que no veía, porque sólo podía caminar de noche, al amparo de la poca luz de la luna menguante que protegía su escape pero dejaba ciegos sus pies.

¹ Relato de Ficción Histórica.

² Docente del diplomado de Comunicación Organizacional del programa de Comunicación Social - Periodismo de la Universidad del Tolima, Director de la Fundación Abrapalabra y codirector del Proyecto Vida de Palabras.

Le pesaba la barriga que ya parecía un enorme globo inflado desde el octavo mes de embarazo. Candelaria, la negra³ de adentro, la del servicio doméstico, la que miraba con desprecio a los negros que trabajaban en el campo y en las minas, la insultaba por andar trayendo al mundo tanto negro mal nacido en las barracas. Esa tarde pasó a su lado con la palangana del maíz para ordenarle alimentar a las gallinas, y le dijo: *“Tu no vas a parir un tente en el aire, con esa barriga lo que vas a parir es una camada de gatos”*.

Esa tarde Felipa se decidió a escapar, y empezó a acumular pequeños puñados de maíz que escondía para la noche del escape. Este hijo que estaba esperando sí

³ El término “negro” es un adjetivo calificativo. Su uso como sustantivo en este texto, corresponde al lenguaje esclavista propio de casi cuatro siglos de comercio de esclavos africanos en América.



sería libre. Éste sí, se repetía una y otra vez. Éste sí será libre, afirmaba sobándose la barriga y cantando nanas: *“Que se duerma el negrito, que se duerma solito, que se duerma tranquilo, que Jesús lo despierta temprano a trabajar, que se duerma el negrito”*. Éste sí, y apagaba un grito en sus entrañas que le dolían de tanto parir.

La negra Felipa había dado luz siete hijos: dos tercerones, un tente en el aire, un salto atrás, un muleque y dos mulatos. Año tras año pariendo como querían los patrones y ordenaba el capataz. La tomaban en el establo, la juntaban con negros que provenían de otras haciendas para asegurarse de que no daría a luz trabajadores deformes. Eran cuidadosos los patrones. Cuando la sospechaban en calor, como a las perras, buscaban un semental y la obligaban a copular sudorosa, para asegurar el negocio del amo.

Era parte de las costumbre de los *“criaderos de negros”*. Los amos calculaban muy bien la tasa de natalidad necesaria para que el negocio fuera productivo. Por cada tres negros esclavos, había una mujer reproductora. Se alimentaban con poca cosa y con sólo una buena comida al día, el niño crecería para convertirse en un nuevo esclavo trabajador. Lo requerían en las plantaciones de

caña y en las grandes haciendas, y sobre todo en las minas; allí un nuevo par de brazos para hurgar la tierra, siempre eran bienvenidos. La trata negrera era un negocio muy lucrativo.

Pero éste no. Éste negro sería libre, así tuviera que sudar sangre. A este no lo encerrarían en un socavón cargando grilletes y asfixiado por la luz de las antorchas que consumen el poco aire respirable en las minas. Éste no sembraría la tierra ajena, y sólo habría de arar su propia tierra. Éste podría sembrar geranios y azucenas como hacia la patrona, y se sentaría en un jardín a comer del fruto de su propio trabajo. Éste sería distinto a sus hermanos que no conoció. Éste sería libre. Verdaderamente libre.

Felipa se detuvo exhausta sobre un tronco húmedo. Ya no le quedaba un solo grano de maíz. El hambre no la iba a detener. Tenía que llegar a Yarumal. Se decía que allí paraban algunos negros cimarrones, que se habían escapado de varias haciendas para habitar cerca a los humedales. Allí debía ver la luz su hijo Nazario. Ese era el nombre que le pondría en homenaje al nazareno. - *Dios es bueno* -, se decía mientras le supuraban las yagas de los pies.- *Dios es bueno y Nazario verá la luz del sol siendo libre.*

Rasgó las mangas de su blusa y se las amarró alrededor de los pies. No quería dejar rastros de sangre en los caminos, nada que pudiera encontrar el capataz, nada que pudieran seguir los perros de presa que compraban los amos para cazar esclavos. Debía alcanzar los humedales. Hasta allí no podrían seguirla, allí el agua despistaría a los canes, allí vería la luz su Nazario y ella lo alimentaría, le cantaría sus nanas, y se aseguraría de educarlo con sus dichos y frases; enseñarle que *“animal que no se come no se cría”*, para que nunca tuviera perros en su casa. Los perros son para los blancos. Oyó a lo lejos los ladridos que la atemorizaban. No podía descansar. Unos cuantos kilómetros más y su hijo sería libre. Un poco más. Sólo un poco más.

Cuando llegó la mañana, agradeció el sol que le calentaba los huesos. Ya eran ocho días de camino y llevaba tres sin probar bocado. Estaba vieja para esas andanzas. Con casi cuarenta años, jugar a la negra cimarrona era absurdo. Pero ella quería un hijo libre, aunque fuera uno.

Se acurrucó contra unas piedras cerca al cauce de una quebrada. Si pudiera encontrar árboles frutales, algo para calmar el hambre insoportable. Pero no podía

apartarse del cauce de la quebrada. Se perdería o la encontrarían los perros.

Quiso orar y suplicar al cielo para calmar el hambre, para llegar a tiempo, para no parir entre las piedras. Quiso orar y se acordó del padre Francisco, que en la capilla doctrinera de Domingullo, había lanzado puyas a los patronos en la predica dominical. Era una capilla sencilla en la hacienda La Bolsa, construida para bautizar a los nacidos esclavos e impartirles el santo sacramento.

Recordó el sermón del cura, cuando amonestó a sus patronos por incitar a los negros a la promiscuidad y aún más, por amancebarse con las negras, irrespetando el sagrado vínculo del matrimonio. Esa misma tarde le buscaron un negro cualquiera, de los que trabajaban buscando oro en las minas de Timbiquí y de Micay. Le impusieron el sacramento del matrimonio. No le preguntaron, ni siquiera entendía con claridad lo que eso significaba, pero debía ser bueno, porque esa tarde, le dieron doble ración de comida.

¿Oyes ladrar los perros Nazario? Hay que correr hijo, hay que correr. No debemos parar, así duelan las piernas. No debemos parar, así acose el hambre. No

debemos parar, así estén supurando las ampollas en los pies, así las yagas huelan fétido, no debemos parar.

Unió las palmas como lo hacían sus amos en la capilla y suplicó. Miró al cielo y empezó a llover. Un pequeño milagro de la virgen santísima. Si llueve, los perros pierden el rastro, si llueve los capataces se resguardan. *Hay que correr Nazario, se oyen ladrar los perros.*

Felipa, tenía 14 años cuando dio a luz su primer hijo. Cuando le vinieron los cólicos, le dieron a beber la raíz y el tallo de un gladiolo pulverizado y mezclado con leche de cabra, rezagos antiguos de la medicina tradicional de sus ancestros.

Su primer hijo fue bautizado en la capilla doctrinera y al salir, una de las negras que había ayudado a criarla, le dijo: *“Felipa, por favor, mujer, no te encariñes mucho con el niño. Cuando esté más grandecito podrían venderlo o cambiarlo por unas bestias como hizo el patrón con los míos”.*

Antes de 1821 había dado a luz a tres hijos. Apenas recordaba a uno que se llevaron a trabajar en las minas de la provincia de Buenaventura. Los demás se los

habían arrebatado desde muy pequeños. Pero desde 1821 todo iba a cambiar. Se comentaba en las barracas que los negros nacidos a partir de esa fecha serían libres. Era el premio a su sacrificio. Era el premio a su valor en las guerras de independencia. El general Bolívar había prometido liberar a los negros, manumitirlos como decían. Se lo había prometido a Petión, el presidente de Haití. Allá en esa isla, la primera nación libre de América Latina. En 1816, le había dado a Bolívar barcos, y armas, y dinero para la campaña libertadora. Le ayudaron con una sola promesa: la de liberar sin condiciones a todas las personas esclavizadas, una vez terminara la guerra. Muchos esclavos se fugaron para alistarse en los ejércitos, y muchos criollos prefirieron mandar a sus esclavos a la guerra, antes que a sus hijos. Seis de cada diez hombres que lucharon en los ejércitos patriotas, eran negros o mulatos.

La promesa de libertad, sólo alcanzó para el acta de manumisión de partos. La libertad de vientres fue todo lo que obtuvieron por las luchas de independencia. Con esta manumisión de partos, que en realidad era una prolongación inmisericorde de la esclavitud, se pretendía compensar el valor de las huestes de los negros macheteros de Corinto, Puerto Tejada, Miranda





y Caloto, que pelearon valientes bajo las órdenes de Obando y de Mosquera. Sellaría la suerte de los hombres del almirante Padilla, de los lanceros mulatos del coronel Rondón, de los cientos de negros que pelaron junto a los criollos para conseguir la independencia de la Nueva Granada. Bolívar se lo debía a los negros esclavos, se lo debía a Petión. La verdad, es que toda la Nueva Granada, debía buena parte de su independencia, a los esclavos. Seguramente Bolívar tuvo buenas intenciones, pero pudieron más los intereses de los criollos esclavistas, que los ideales de la libertad. Si hasta su edecán, Tomás Cipriano de Mosquera, quien había luchado en las campañas libertadoras, se negó a dar la libertad a sus esclavos. Eran parte del patrimonio familiar. Nadie iba a atentar contra sus intereses.

Por eso sólo se aprobó la libertad de vientres. Los hijos de esclavos nacerían libres, pero tendrían que trabajar hasta los 21 años, para pagarles a sus “benefactores”, los gastos invertidos en su cuidado. De esta manera descarada, la esclavitud se prologaría hasta 1842.

Con toda esa entelequia, Felipa había conocido la traición. En la primera década posterior a 1821 no se habían manumitido ni siquiera veinte niños en toda

la Nueva Granada. Tres hijos que había dado a luz en esa década de libertad, fueron vendidos a la primera oportunidad. Se supone que estaba prohibido, que en las nuevas provincias se prohibía traer y vender esclavos, que los negros criollos serían buenos cristianos nacidos libres. Pero las familias de don Julio Arboleda, don Ignacio Sabogal y doña Mercedes Echavarría, favorecidos por vericuetos legales, pudieron exportar al Perú 421 negros. Más de un centenar de los negros vendidos eran niños; niños que debieron nacer libres, niños por los cuales el estado había pagado su respectiva indemnización para darles su libertad. Entre esos niños, iban los tres hijos de Felipa.

Como separar a las familias de esclavos estaba prohibido, se aprobó, como un extraño acto de misericordia, que se podía vender a los padres esclavos a otros países y estos, podían llevarse, si lo deseaban, a sus hijos libres. En la Gacetas de la Nueva Granada, podían leerse avisos como este:

“Previos los requisitos exigidos por el decreto de 13 de noviembre de 1843, el Jefe político del cantón del Raposo, ha expedido certificado a favor del Sr. José Vázquez Córdova, para que pueda exportar al Perú



dos familias de esclavos, compuestas, la primera de Ambrosio y Florentina padres, y de María Isidora, José Agapito, María Dolores, Candelaria y María Mercedes, hijos menores libres y la segunda de Gregorio y Claudia, padres, y de Francisco, Virginia y José Isaías, hijos menores libres.”

Felipa estaba decidida. Este hijo sería libre a como diera lugar. No más promesas ni mentiras de libertad, no más parir esclavos a los blancos. *Este no, Nazario no, él será libre, así me duelan las entrañas. Éste no, así me estén doliendo las tripas. Éste será libre. Un poco más, sólo un poco más. Adelante están los humedales, adelante está la tierra prometida. Así me duela el vientre. Estoy sangrando.* Una explosión de agua sangre mezclada con la lluvia. Y caen los relámpagos y el viento sopla. *Sólo un poco más.* Y el dolor que se vuelve insoportable, y los muslos mojados, y el hambre, y las punzadas que muerden en las sienes, y el dolor, y el dolor... *sólo un poco más Nazario, sólo un poco más y serás libre.*

Perdóname Nazario, perdóname. No puedo, no puedo más, y estamos tan cerca, tan cerca. Oigo ladrar los perros. Tenemos que llegar. En Yarumal no hay perros Nazario. No hay perros.



La fiesta de los demócratas

Los hacendados conservadores hicieron bien en encerrarse ese día en sus casas. Corría el año de 1851 y se había preparado una gran fiesta para celebrar la abolición de la esclavitud. Allí estaban invitados todos los liberales populares y entre ellos, en un lugar especial, estaba Nazario.

La fiesta no se programó en la plaza pública, sino en el salón de la Sociedad Democrática de Cali, para evitar problemas. Corrían rumores de revueltas populares. En las calles se decía que el Partido Liberal estaba armando a los negros para matar conservadores.

Los liberales aceptaban en sus filas a los negros, como liberales y conciudadanos, otorgándoles el derecho de poseer las armas para defender su libertad, si alguien osaba amenazar ese derecho. Bastaba alistarse en la Guardia Nacional para defender los ideales liberales que se resistían a extinguirse entre las muchas guerras civiles del siglo XIX.

Con los negros armados y agitando en las elecciones, los liberales serían imbatibles en sus campañas electorales

populares o en la guerra, si es que se precisaba otra guerra civil para mantenerse en el poder. Lo había insinuado el clérigo liberal Manuel María Alaix:

- *“Los esclavos que salen de las cadenas traen a la sociedad la gratitud por el gobierno que les ha arrancado del yugo. La completa extinción de la esclavitud es la obra magna a que debemos consagrar todos nuestros esfuerzos: 27.000 hombres que pasan a ser ciudadanos, algo pesan en la balanza eleccionaria”*

¿Qué se podía esperar de las vagas razones humanitarias para la libertad, si hasta un hombre de Dios insistía en la necesidad de la sangre de los negros, para que el Partido Liberal se mantuviera en el poder?

Nada de eso importaba a Nazario. Había sido escogido para ser uno de los tres negros que recibiría de manos del propio gobernador Ramón Mercado, su certificado de libertad.

Tantos años de lucha, tantos deseos de libertad y ahora parecía tan simple. Con unos zapatos de charol y un traje de lino blanco en el que lo habían embutido, esperaba la ceremonia donde recibiría de apreciadas damas

liberales, las flores y los gallardetes con las palabras Libertad, Igualdad y Fraternidad. Nazario no sabía leer, pero sostenía con firmeza los gallardetes, mientras sus ojos vagaban por las grandes baldosas de mármol sobre las que se asentaban sus pies.

El primer cañonazo retumbó para dar paso al gran festín en el que se daría libertad a 33 esclavos, en la parte abierta del salón. No parecía entendible que sólo se diera la libertad a 33 esclavos, si ya se había firmado la ley que abolía la esclavitud. Unos pensaban que simbolizaba la edad de Jesús al morir en la cruz, otros que un símbolo de la trinidad, pero los que estuvieron más cerca del gobernador, sabían que era un asunto monetario. No se podía liberar un esclavo sino se pagaba a sus dueños, y en esos meses, sólo se había juntado lo suficiente para comprar la libertad de 33 esclavos: 1.200 reales costaba liberar una negra entre 30 y 40 años de edad y 1.600 reales para los hombres entre 30 y 44 años. Sin indemnización a propietarios no habría libertad.

Nazario no miraba el cielo que supuestamente miran los hombres libres. Seguía con la vista clavada en el piso. Varias veces su caso había sido llevado a la Junta de Manumisión de Cali, para decidir si podían otorgársele

la libertad. Su madre, Felipa, una negra esclava de las haciendas de la familia Arboleda, se había escapado hacia Yarumal, en las cercanías del municipio de Jamundí, para que su hijo pudiera nacer libre. Demasiado enferma y fatigada para resistir el parto, murió al dar a luz. El niño fue encontrado, casi frío y sin vida, por una cuadrilla de negros mineros que viajaban con su capataz, hacia las minas de Santamaría de Timbiquí. Una de las negras concubinas que viajaban con el grupo, lo amamantó y le dio el nombre que escuchó balbucear a la negra Felipa antes de morir, mientras le tomaba de su brazo y le suplicaba que lo cuidara para que fuera libre.

Y teóricamente, Nazario era libre, por la ley de libertad de vientres, pero en realidad se había convertido en un “aprendiz” y debía pagar con su trabajo hasta la edad de 25 años, todo lo que en él, hubieran invertido sus dueños. No había otro chance para Nazario más que trabajar, y ahorrar, y pagar la compensación por su libertad.

En las provincias se habían conformado unas juntas de manumisión, que estudiaban cada caso, para comprar la libertad de los esclavos. Como símbolo extraño de la vida, se puso impuesto para los testamentos y

funerales; las llamadas “mortuorias”. Del dinero de la muerte, obtendrían los esclavos la vida en libertad. Pero el juez, un sacerdote, un tesorero y dos vecinos que conformaban la junta, se apegaban a la letra de la ley, que definía claramente quién debía ser manumitido. El artículo 17 de la ley 9 de junio 27 de 1828, era bastante claro:

Serán preferidos por la junta de manumisión para darles su libertad.

- *Los esclavos del mismo testador (...) si hubiera bastante para dejarlo pago.*
- *Los más ancianos de los que pertenecieron al testador.*
- *Los más honrados e industriosos de los esclavos del cantón, prefiriendo siempre entre ellos a los más ancianos.*

Nazario no tendría chance. No sería liberado sino hasta tener 60 años. Aún podía trabajar, aún era fuerte y vigoroso, y los hacendados, conservadores y liberales, se las habían arreglado para que las juntas de manumisión, les compraran los negros viejos, enfermos y débiles. Antiguos palenques, habitados por una raza bravía

de negros cimarrones que lucharon para romper sus cadenas, ahora se convertían en pueblos marchitos que recibían como suyos, a los negros lisiados, a los ancianos, a los enfermos y mayores de 60 años. Decenas de moribundos bailando la macabra danza de la libertad.

De vuelta en Timbiquí, cerca de donde huyó su madre, sólo le quedaba trabajar sin descanso para poder comprar él mismo su libertad. Los amos no trabajaban en domingo, pero permitían que el alma de los negros esclavos se perdiera en el infierno, trabajando en el día del Señor, y una parte de lo que recolectaran, la podían ahorrar. Nazario iba desde temprano todos los domingos y trabajaba hasta entrada la noche. Pepita tras pepita, el oro que simbolizaba la esclavitud, sería algún día El Dorado de su libertad.

Sonó el segundo cañonazo y la gente se agolpaba alrededor del salón gritando *¡Que viva el Partido Liberal! ¡Viva el gobernador Ramón Mercado! ¡Que viva José Hilario López!* Entre los gritos y arengas, un liberal leía el discurso de agradecimiento al gobernador, que según decía, le habían dictado los negros liberales:

- *“Habéis trabajado con ardor y a impulsos vuestros,*



ba alcanzado la parte más desgraciada de la sociedad, que es la que hoy os representa, el bien de la libertad que actualmente goza. Vuestro nombre sagrado ya para nosotros, pasará a la posteridad bendecido y pronunciado por los tiernos labios de nuestros hijos, como el del benefactor de sus padres”.

Entre los vivos y las arengas, Nazario seguía sosteniendo los gallardetes y mirando el mosaico de mármol. En unos cuantos minutos sería libre y lo primero que haría, sería quitarse esos zapatos de charol que le tallaban recordándole los grilletes. Esos grilletes que le habían vuelto a poner hace unos años, cuando supuestamente se habría de convertir en un hombre libre.

Nazario llevaba 24 años trabajando en las minas, cuando se publicó una ley que dictaba “Medidas represivas de los movimientos sediciosos de esclavos”. Antes de cumplir los 25 años, la edad para ser liberado, fue vendido nuevamente y de manera muy legal, por sedicioso, para trabajar en una de las haciendas de la familia Arboleda. Latigado. Amarrado a un cepo. Castigado muchas veces.

El dueño de la hacienda, Don Julio Arboleda, vivía para

esas épocas, exiliado fuera del país, esperando propiciar una guerra contra la abolición de la esclavitud. Nadie le quitaría sus esclavos, no sin pagar hasta el último peso. Bajo el seudónimo de Heldropeito, Arboleda escribía en el periódico El Comercio, de Lima, acerca del derecho natural a la propiedad privada, y refiriéndose al presidente de Colombia, José Hilario López, sobre sus pretensiones abolicionistas, afirmaba:

“Todo el que trata de anular, por medios directos o indirectos, estas tres influencias: la del saber, la de la virtud, y la de la riqueza, es, o aspira a ser tirano o es sectario de la tiranía”.

Es irónica la vida, pues el propio abuelo de Julio Arboleda, Antonio de Arboleda y Arrecha, fue firmante de la ley de manumisión. Terminadas las guerras de independencia había mucho negro armado y eso era un peligro. No era absurdo que Antonio Villavicencio pidiera con fervor la libertad de vientres, antes de que seducidos por las ideas de emancipación, los esclavos *“adquirieran su libertad con muertes, incendios y otras mil atrocidades que cometieran con las armas en la mano”.*

El tercer cañonazo vibró entre las paredes y arreciaron las arengas en pro del Partido Liberal. El gobernador, Ramón Mercado, se acercó para entregar a los tres negros escogidos, el certificado de libertad. Ahora serían ciudadanos y tendrían derecho a trabajar para su sustento.

Mercado había pedido que se escogieran tres negros que simbolizaran la lucha por la libertad, para entregarles el certificado. Nazario estaba entre los escogidos. Su caso se asemejaba al del negro Isidoro, quien, casi un siglo antes, había logrado reunir 300 castellanos para pagar su precio en oro. Tiempo después, su amo alegó que él no había consentido el negocio y le negó la libertad. El caso del negro Isidoro llegó a los tribunales y se convirtió en un alegato famoso y recordado en la época. Empezaron los discursos y Mercado, trajo a colación las palabras de los diputados Leónidas Orrego y José María Rojas Garrido, representantes de la Cámara de la Provincia de Neiva, quienes habían elevado la solicitud de acabar, de una vez por todas, con la esclavitud:

- *“Algunos se alarman con esta idea que reputan atentoria al derecho de propiedad; pero esto consiste en que razonan en calidad de amos y no*

en calidad de esclavos. Es un contrasentido decir que hay libertad en un país en que hay esclavitud: pensar que somos iguales siendo siervos los unos y los otros amos. Un esclavo en la tierra de la libertad es mentís que humilla y no tiene contestación satisfactoria. Una república no filantrópica no podrá sostener sin ruborizarse, el derecho de propiedad contra la libertad del hombre.

Antes de caer en servidumbre el hombre era propietario de su libertad: este derecho es más sagrado que el del amo, que contribuye por su parte, aunque sea de buena fe, a servir de instrumento opresivo de sus hermanos. Si los siervos pudieran unirse, y levantados en acuerdo, escarmentar a la sociedad que los oprime, tendrían razón: no lo hacen porque son débiles y entonces el derecho que los mantiene en la servidumbre es el de la fuerza y nada más”.

La muchedumbre enardecida interrumpió: ¡Viva el Partido Liberal! ¡Abajo los conservadores! ¡Que mueran los amos! ¡Viva la libertad! ¡Muerte a los esclavistas! Los ánimos empezaban a caldearse.

Las siete damas liberales escogidas para coronar a los

tres negros, que ya parecían estatuas de exposición, entregaron los ramilletes de flores. Eran gladiolos de todos los colores, rosados, blancos rojos, amarillos. Curiosa elección la de los gladiolos, esa flor que Plinio el Viejo, en la Antigua Roma, había bautizado con ese nombre porque se le parecía a la “gladio”, la espada de los gladiadores, esa flor que se usaba en las coronas de los muertos y adornaba el mármol de los mausoleos. Pero si la libertad se paga con el impuesto a la muerte, recibir un ramillete de gladiolos resultaba apenas justa.

Nazario no lo pudo evitar... una lágrima corrió por su mejilla. Habrá quienes pensaron que lo hacía por recibir la tan anhelada libertad, pero la verdad era otra. En el ramo de flores había gladiolos del mediterráneo, británicos, del Asia, y en el centro, pequeño, sin mayores ínfulas, un botón de gladiolo africano. Lo sabía porque la mujer que lo crio guardaba uno en una pequeña maceta. Lo sabía porque lo usaban las negras mezclado con leche de cabra, para apaciguar los cólicos, como lo hiciera su madre cuando apenas era una adolescente. Entonces miró a su alrededor, gente de todas las razas y colores, mestizos, blancos, mulatos, negros, en la fiesta de la libertad, y allí en su mano, los gladiolos multicolores que recibían los gladiadores victoriosos, y

en el centro del ramillete, el pequeño y humilde botón de gladiolo africano.

Esa noche Nazario no empuñó una gladio. Como muchos libertos, empuñaron perreros y zurriagos y salieron a quemar las cercas de las grandes haciendas, a escupir a sus amos y latigarlos por las calles, quemando puertas y ventanas. Zurriagueros y perreros hicieron de las suyas durante algunos días. Fue su pequeña fiesta de la libertad. Y fue una fiesta violenta, pero no duró mucho.

En menos de tres años, Nazario se alistó en la Guardia Nacional para defender la libertad. En Bogotá, el Partido Liberal se había dividido por causa de las políticas amangaladas de Obando y los conservadores, entonces el general chaparraluno José María Melo, se tomó el poder con un golpe de estado. Los conservadores aprovecharon la división liberal, y los ejércitos de Julio Arboleda ocuparon el Valle, arrasando con poblados de antiguos esclavos y los ejidos que ocupaban los libertos. Con sangre y matanzas vengaron la fiesta de los zurriagueros y perreros. Cadáveres de liberales se apilaban por montones en los caminos. Pero los muertos no eran de las élites liberales, eran de la guardia de





negros, era el desarrapado ejército popular de mulatos que yacían bajo las balas, y entre ellos, Nazario.

Fue una carnicería. Una carta de la época enviada por el conservador Vicente Cárdenas a Sergio Arboleda, en la ciudad de Pasto, esa guarida de realistas y traidores, rezaba:

- *“No siento yo los desórdenes del Cauca, porque sólo así se podrá limpiar ese pobre país para que sea habitable en lo venidero”*

Como siempre, la élite de liberales y conservadores se ponían de acuerdo en contra de sus bases populares. El acuerdo estaba claro: había que acabar con la esclavitud, y lo más rápido, era hacerlo matando a los esclavos.

El espíritu del aji

El corazón le palpitaba y parecía salirse del pecho. Desde que decidió fugarse de la casa, cada viaje a Cali la llenaba de ansiedad. Tenía 17 años y estaba encargada de vender en la plaza de la Sultana del Valle, el cacao y los productos que producía su familia en la finca Las Cañitas, en el corregimiento de Robles.

Nadie hubiera notado que en sus constantes viajes, parecía más corpulenta. Debajo del faldón vestía otras prendas y llegó a usar hasta tres blusas. Vendía el cacao y pedía al chofer que la llevara donde una amiga que vivía en el barrio San Antonio. La amiga le decía que estaba loca, pero fielmente le guardaba la ropa que Leonor, iba dejando en cada viaje, acumulándola para el momento de su escape.

Llevaba unos meses encargada del negocio agrícola, junto a su hermano Reynaldo. No estaba estudiando en Bogotá, como su hermano Raúl que estudiaba Derecho, ni como Mario que cursaba Medicina, ni como Francisco, el mecánico o Roberto Tulio, el ingeniero metalúrgico. Nada de eso. Cuando dijo que quería ser cantante, ser artista, estudiar en un conservatorio, su papá se pegó del techo. *–¡Las artistas son vagabundas!–* decía. Y ella: *–¡Pues sino estudio para artista, entonces no estudio!–*.

Terminó trabajando en la finca. Ella no se dejaría vencer. Por sus venas corría la sangre de los cientos de nazarios y felipas que habitaron el Pacífico colombiano, de los Benkos Biohó en el Caribe, y los negros Isidoro. Su tatarabuelo también había mazamorreado en el río todos los domingos para poder comprar su libertad.

Su abuelo seguramente fue arrendatario de minas, o terrajero, y con esfuerzo, juntó los ahorros necesarios para comprarle un terreno a don Ángel Castro, por allá en los humedales de Yarumal, esa tierra de nadie llena de negros, que rebautizarían después con el nombre de Robles, en memoria del primer senador negro, Luis Antonio Robles.

Ya quedaba muy poco de la estrecha relación entre liberales, negros esclavos, y libertos. Después de muchas guerras civiles y de morir por su patria, por su libertad y por su partido, la élite liberal se negó a titularles las tierras. Conservadores y liberales estaban de acuerdo en que los negros eran adecuados para luchar, para trabajar, e incluso para sacrificar su vida, pero no para hacendados: ¡Eso nunca! Promulgaron leyes en contra de los alambiques caseros, monopolizaron el comercio del licor, y les prohibieron cultivar el tabaco y acceder a cualquier medio que les permitiera acumular riquezas. No cambiaron el sistema de haciendas, sino que los enviaron a habitar en ejidos, terrenos baldíos que nadie quería.

Negros hechos para tierras inhóspitas, para habitar en humedales como Robles. Esos humedales donde no

entran ni los perros de presa, y que años atrás fueran la esperanza de las negras Felipas. Poblaciones que se fueron llenando de negros ancianos y enfermos manumitidos. Corregimientos donde aprendieron a ser una gran familia, a compartir un dolor, a sentir como suyos a los niños abandonados, a los ancianos, y a los enfermos.

Por eso todo lo que hay en Robles, se hizo en familia. Por eso Robles tuvo primero que Jamundí, su acueducto, la luz, la carretera. Ellos no esperarían ya nada del gobierno. Su memoria sabía de la traición. Un político liberal y uno conservador, eran la misma cosa.

Su padre sólo hizo hasta primero de primaria, pero se rompía la espalda cada día para darles educación, para hacer de ellos unos negros respetables, orgullosos de su raza. Su hermano Reynaldo se había quedado a ayudarlo a su papá, y se había sacrificado. Él no estudiaría para que los demás pudieran estudiar y forjarse un camino. Sembraron cacao, café arábigo, y comerciaban ganado en su finca, “Las Cañitas”.

Cuando su hermano Francisco, el médico pediatra, comentó que sería el primer negro en tener una clínica



en Cali, nació la idea de que Leonor fuera enfermera. Pero ella se negó, porque quería ser cantante. Entonces su padre se llevaba las manos a la cabeza y gritaba:

- *En Robles hemos tenido el primer acueducto, y el primer carro, y el primer motor para la luz, no vamos a tener la primera prostituta. ¡Dizque cantante, no faltaba más!*

Ella no tenía la culpa de sus extraños gustos. La culpa seguramente era de Dios. De chiquita escuchaba los cánticos celestiales que se esparcían por todos los rincones de la única iglesia evangélica de Robles. Leonor tenía cinco años y con los cánticos, cerraba sus ojos para sentir que volaba, que su alma se desprendía de su cuerpo y viajaba hasta el cielo con un coro de pájaros que le cantaban al creador. En el coro de la iglesia estaba casi toda la familia de su madre, ocho tías de cálidas voces y tres de sus tíos, que la divertían con sus sonidos de bajo profundo, de barítonos, y hasta de contratenor.

-Voy a ser artista- se decía, mientras gritaba y saltaba como una cabra.

Como creció en un ambiente lleno de hermanos varones,

la molestaban, la correteaban y la empujaban como a otro varón más, entonces ella metía la mano en sus bolsillos que cargaba llenos de piedras para estas ocasiones, y la emprendía contra sus hermanos. Tal vez el tiempo le contó que por sus venas, corría la sangre de antiguos negros cimarrones que se refugiaron en las selvas, para ganar y defender por la fuerza su libertad.

- *Mija, Leonor, qué vamos a hacer con Leonorcita, qué vamos a hacer con esta muchachita, que me va a volver loco. Porqué salió tan necia. Tiene el espíritu lleno de ají. Vea que es muy ajizuda y no se queda quieta nunca. ¡Abí le pegó un pedradón a Roberto Tulio carajo!*

Por algún inexplicable motivo, ella estaba dispuesta a defender lo suyo desde muy chiquita. Cuando su papá compró una casa en Cali para llevarlos a estudiar en los mejores colegios, a ella la pusieron en el San José. En cuanto vio la primera monja sintió vértigo. Por algún motivo les tenía alergia a las monjas. Ni que supiera de las antiguas alianzas entre los curas y los conservadores. Ni que hubiera sabido de las capillas doctrineras, o de los matrimonios azarosos de esclavos, o de los bautizos de los negros con el nombre de sus amos. Ella sólo sabía una

cosa: *-Donde esa faldona me toque, por Dios bendito que le pego-. Y sólo tenía nueve años.*

Se voló del colegio y ella misma se metió a estudiar en una escuelita que quedaba camino de su casa. La rectora María Luisa, la acogió y la dejaba pintar, actuar en las obras de teatro de la escuela y cantar. Incluso fue la misma María Luisa quien la llevó al Conservatorio de Cali para que Antonio María Valencia, el rector, la escuchara cantar. Pariente de quien fuera presidente de la República por el Partido Conservador, Guillermo León Valencia, y digno representante de la tradición conservadora, lanzó una sentencia: *“Váyanse de aquí, - ¡Acá no recibimos negros!”-*

Sintió que la tierra se hundía bajo sus pies, que la sangre se le ponía espesa. Salió llorando y desilusionada. Se prometió que nunca volvería a sentirse así. Lucharía por lo suyo a toda costa. El desprecio de algunos blancos no la vencerían, y la obstinación de su padre, menos.

Por eso estaba juntando la ropa para escaparse, como la negra Felipa que juntaba los granos de maíz, o como el negro Nazario, como su tatarabuelo, que juntaba pepitas de oro para obtener su libertad. De alguna manera la historia de su raza se repetía en aquel gesto acumulativo.

Su hermano Raúl, el abogado, la había visto tan decidida con el asunto ese de las artes, que le presentó a Manuel Zapata Olivella, el hermano de Delia Zapata. Ellos tenían una compañía de danzas folclóricas que en unos meses partiría hacia París, en una gira por Europa. Manuel fue invitado a Robles por una semana, para conocer el folclor del Pacífico. Se quedó por dos meses. Asombrado con la voz y el desparpajo de la negra Leonor, comentaba *–Ésta es la lagartijita que necesitamos en el grupo–*.

Unos días después, a casa de la amiga de Leonor, en San Antonio, llegó el tiquete aéreo para Bogotá. Tenía sólo unas semanas para organizar su escape. Escondió el tiquete para que su papá no la descubriera. Lo hizo de la misma manera que los negros esclavos ocultaban a sus amos que habían aprendido a leer y a escribir. Como lo hacían los negros cien años antes, que aprovechaban la oscuridad para asistir a las reuniones de la Sociedad Democrática Liberal. Escapando, siempre escapando hacia la libertad.

Ese día, subió al camión cargado de cacao, mas ansiosa que de costumbre. Era el momento. La última prenda acumulada. La última venta en la plaza. Se bajó decidida y le dijo al chofer:

- *Dígale a mi papá que no vuelvo. Que me perdone. Que me voy a recorrer el mundo cantando.*

Entregó una carta en la que pedía perdón, no sólo por la huida, sino por el pequeño préstamo que tomó del dinero de la venta de cacao. Las pepitas de oro para su libertad.

Tiempo después estaba en el Olympia en París. No bailaba muy bien, entonces la ponían entre las últimas parejas para que no la vieran mucho, y cuando cantaba, lo hacía con el grupo de músicos y las cantaoras que amenizaban al ballet folclórico. Pero esa noche sería distinto. Esa noche todo cambiaría.

En el Olympia no se permitían baches de actuación. Era gente muy seria y profesional. No admitían que Manuel Zapata Olliveya, se parara en el centro para hablar sobre las piezas que se danzaban. Entonces al grupo se le estaban acabando las canciones. No podían repetir las mismas que luego bailarían, así que Delia corrió a los camerinos e interrumpió:

- *Leonor, quitate la pollera y ponte el traje blanco. Hoy no bailas. Hoy cantas.*

Así de sopetón, *-Ay Dios mío qué es esto-*, así, como llegan y se van las oportunidades. Así, sencillamente.

La luz cenital iluminó el centro del escenario, y allí estaba ella, bañada por ese círculo redondo de color ámbar, mirando el mosaico del techo del teatro, que como tantos otros mosaicos, carecía de angelitos negros.

Abrió su boca y entre sus dientes blancos, salieron de la portentosa garganta, la voz de sus tíos y sus tías cantándole a Jesús, la música de cientos de pájaros de todos los colores, la arengas libertarias en el Salón de los Demócratas, los rezos y súplicas de las capillas doctrineras, el jadeo de Felipa escapando de los perros de presa, los gritos de los macheteros del Cauca, el susurro de los cimarrones de antiguos palenques, y el llanto de los negros bajo el látigo, el perrero y el zurriago.

Cantó, y su alma fue libre. Y la gente no paraba de aplaudir. El espíritu de sus antepasados revoletó esa noche por los palcos del Olympia. Orgullosa pensó:

- *El primer motor para la luz, el primer acueducto, el primer carro. Y la primera negra colombiana cantando en un teatro de Paris. Mejor dicho, el que quiera más, que le piquen caña.*

Y así sería por el resto de su vida. El primer disco de una mujer negra con su cara en la carátula. La primera foto de una mujer negra en un periódico de circulación nacional. La primera mujer negra en el teatro y en la televisión. La primera mujer negra colombiana en el cine. La única y sin igual, La Negra Grande de Colombia, Leonor González Mina.

Y cuando se le pregunta, a sus 82 años, ¿Qué planes tiene para el mañana? Ella contesta riéndose:

- *Quedamos tres hermanos y todos estamos haciendo fila. Me voy pa' Robles: ¡A chupar gladiolos!*





Raza, vida y resistencia: lo político en la vida de Leonor González Mina

Juan José Aguirre Zuluaga¹

Leonor le canta a su raza

Leonor González Mina recorrió el mundo cantando con su dulce voz, llevando a donde fuera la historia de su país en las canciones. La discografía de La Negra Grande de Colombia está empapada de su conciencia política, de su sentido de justicia e igualdad, de la rebeldía que la caracterizó desde niña y que de joven la llevó a fugarse de su casa, y a lo largo de su camino, ese espíritu rebelde se vio reflejado en sus canciones, su inconformismo con la realidad que vivía su raza y su país.

En la industria musical, La Negra Grande fue la primera mujer negra en Colombia, que salía en una carátula de

¹ Estudiante de séptimo semestre de Comunicación Social- Periodismo de la Universidad del Tolima.

un disco LP. , “Cantos de mi tierra y de mi raza” fue un éxito que la dio a conocer en todo el país. Pero ella ya había recorrido varios países cantando para la compañía artística de Delia y Manuel Zapata Olivella, y había hecho muchas amistades en esos años.

En su primer disco, aparte de contar esas historias mágicas de las costas colombianas del Pacífico y de expresar el fuerte arraigo por su tierra, con canciones como; “Tío Guachupecito”, “El Rey del Río”, “Pájaro que deja el Nido” entre otras, hubo una canción, un himno que representaba al negro y su lucha por la libertad: “La Mina” compuesta por Esteban Cabezas Rher, letra que habla de los negros que fueron esclavizados en las minas de oro por los blancos, y que se convertiría en una canción ícono que le pedían en todos sus conciertos.



Esta canción fue el desahogo de una raza y de la propia Leonor, porque su tatarabuelo fue un esclavo que, sacando oro en la zona minera del Cauca, compró su libertad y así mismo la libertad del linaje de su familia. Por esto, aún hoy a La Negra Grande le hierve la sangre al escuchar esta canción que tiene esos tonos agudos que reflejan la fuerza de su interpretación.

*“Cuando vuelvo de la mina
cansado del carretón
encuentro a mi negra triste
abandonada de Dios
y a mis negritos con hambre
¿Por qué esto, pregunto yo?”*

En “Cantos de mi tierra y de mi raza”, Leonor también interpreta la canción “Negro”, otro canto a la resistencia, una letra de la raza, de la piel, de cómo ella vivió y vive su vida, orgullosa de sus raíces. Al interpretar música de tantos géneros, desde currulao, cumbia, porro, hasta boleros, pasillos y bambucos entre muchos más, no es raro encontrar cumbias bailables y de ritmos alegres, combinados con letras que denuncian la injusticia, como en la canción “Latigazos” que habla de la lucha

de los raizales en manos de sus amos: *“Golpeando con un látigo increíble las espaldas de una raza indestructible”*.

Leonor González, con su canción “Campesino de ciudad”, del disco “La Negra Grande de Colombia”, ya narraba, en el año 1975, el desplazamiento que estaban sufriendo los campesinos, a causa de la violencia o de la migración en búsqueda de oportunidades, siendo ésta una realidad que continúa latente en nuestro país. Así en su obra musical, con este tipo de canciones, se puede percibir su propia revolución.

Nace el espíritu de lucha

Se puede decir que es una artista, con un sentido de la realidad social, que plasmó en su canto, su espíritu, y su activismo social. Esta conciencia la adquirió tal vez en parte por su pueblo Robles, un corregimiento del municipio de Jamundí, donde la comunidad, en su mayoría afrodescendientes, era muy unida y trabajaban por el desarrollo de su pueblo, siendo su familia de un activo liderazgo en la comunidad.

Pero no fue sólo el espíritu emprendedor de su pueblo lo que avivó su activismo. Hay un libro que le regaló uno de sus hermanos que estudiaba derecho, quien la apoyó y le inculcó la lectura. Fue “La Cabaña del Tío Tom”, Leonor se refiere a este libro como esa chispa que prendió su fuego, *“Me dio un deseo como de gritar”*, dice Leonor cuando recuerda la sensación que le dejó el haber leído este libro, que retrata la esclavitud de los negros en Estados Unidos.

Su convicción de la lucha por las comunidades negras, también nació por este libro, y en parte por la segregación que empezó a sentir cuando salió de su pueblo, antes de iniciar su prolífica carrera como artista, en la cual se encontraría con el mal de la discriminación oculto en Colombia.

El exilio de sus amigos

Ya cuando Leonor era la Negra Grande de Colombia, después de haber realizado varias giras por el mundo, de haber incursionado en la televisión, de ser observada como una digna representante de la raza negra, esa trayectoria no impidió que se viera amenazada por el

gobierno de Julio César Turbay Ayala. En ese tiempo, casi todos los amigos de Leonor fueron encarcelados, por eso, antes de ser capturado, Gabriel García Márquez partió al exilio en México. Feliza Bursztyn, una artista que trabajó figuras en hierro, amiga de Leonor, partió al exilio en París en donde murió, dice la Negra con tristeza.

A la casa de Leonor llamaban todos los días para insultarla, pero ella no se dejaba y contestaba sin medir palabras. En esos años tuvo que estar viajando con su familia fuera del país, yendo y viniendo por si algo pasaba. El gobierno los molestó por muchos meses, pero nunca tuvo que exiliarse como algunos de sus amigos artistas de la época.

En otro escenario

Al morir su hijo Candelario, se encerró en Robles durante un año, casi sin dirigir palabra a nadie. Recibió la llamada de Piedad Córdoba, quien le dijo que la invitaba al Congreso de la Republica. La respuesta inmediata de Leonor fue que no, que ella no quería ir por allá. Su principal razón era que le tenía miedo a los políticos. Pero describe Leonor a Piedad como

una mujer que cumple todo lo que se propone. Y ahí empezaron sus continuos llamados a la madrugada, su forma de hablarle, de que allí podría sobrellevar su tristeza y ocuparse, en fin, fue tanto el insistir de Piedad que Leonor no resistió y así sin más, se vio la Negra Grande de Colombia en otro escenario.

Esta vez, no estaría parada ofreciendo un concierto en el Olympia en París, el Madison Square Garden de Nueva York, ni en el Luna Park en Buenos Aires. Esta vez el escenario era otro, con otro público y otra tonada, estaría ya no cantando sino diciendo algún discurso en el Congreso, porque le tocó aprender a dar discursos. En 1998, Leonor González Mina fue elegida a la Cámara de Representantes por el Partido Liberal con 23.908 votos que nunca imaginó que iba a lograr.

Tal vez fue la experiencia más decepcionante que tuvo Leonor. Desilusión, desesperanza es lo único que pudo sentir en su etapa política en el Congreso. Se refiere a los políticos como las personas más desagradables con las que trató a lo largo de su vida. Obvio veía algunos con cierto afecto, pero de esos muy pocos. La Negra Grande procuró ayudar desde su posición de congresista en el tema del abandono infantil. En esta labor, vivió

experiencias muy difíciles, como el tratar con niños que se estaban muriendo de hambre, o conocer una madre que alquilaba sus diez hijos para trabajar. Dice no haber conseguido hacer mucho, sólo tragarse su impotencia.

Leonor se sentía presionada: fotos, discursos, firme aquí y allá, y al final no sabía ni que firmaba. Un día, le dio por mirar que estaba firmando y se encontró con la sorpresa de que era una ley que favorecía a los contrabandistas. Otro día, Gustavo Petro le hizo un reclamo por algo terrible que ella había firmado, pero Leonor ni idea, estaba perdida en ese mar de tiburones.

Intentó que se iniciara un proyecto que buscaba ayudar, mediante programas escolares, a los estudiantes que habían sufrido la conmoción del conflicto armado, pero este proyecto de ley no fue votado, al igual que otros dos en los que ella buscaba protección y amparo para las personas de edades avanzadas. Tanto desconsuelo le producía sentir que no aportaba nada, que decidió construir escuelas con su propio sueldo de congresista, en el barrio Ciudad Bolívar en Bogotá, decidiendo trabajar sin ayuda del Estado.

La experiencia de Leonor en la política fue traumática,



tanto así, que se vio sumergida en la depresión al terminar su periodo en el Congreso. Salió desilusionada por la corrupción, por darse cuenta en que manos estaba el país. Por eso por allá ni se volvió a asomar.

Hoy, en Cali

Leonor tuvo dos hijos. Un hijo muy político, con gran compromiso por la labor social: Juan Camilo Cabezas Mina, administrador de empresas, con estudios en San Diego State University, quien incursionó en la política, siendo uno de los personajes destacados en la lucha de los afrocolombianos en el país. Fundador del Colegio Cultural Candelo, fue director de Asuntos

para Comunidades Negras, Afrocolombianas, Raizales y Palenqueras, del Ministerio del Interior.

Su hijo artista, Candelario, ya fallecido, gran percusionista y recordado por Leonor con mucho amor. Ambos tomaron caminos diferentes pero que reflejan la vida artística y política de Leonor, como si su espíritu se hubiera dividido en dos.

La vida de La Negra Grande de Colombia ha sido agitada, entre la música, la televisión, el cine, el Congreso, un camino que bordeó por su carácter, por la tenacidad ante la adversidad, por el correr contra corriente, una mujer que aún espera seguirle cantando al mundo.

SEP • 72 •





¡No más medias ni calzoncillos!

Claudia Alejandra Lozano¹

Sus ojos, aún a sus 81 años, son tan expresivos y llenos de vida, como en las mejores épocas de su juventud, ya no queda mucho de aquel afro en el cabello, típico del primer estilo con el que se dio a conocer y con el que muchos de sus admiradores aún la recuerdan, ahora son varios centímetros de trenzas totalmente blancas, el blanco de las alegrías, las tristezas, los esfuerzos, los triunfos, el blanco de una vida hecha cumbia que la ha llevado a ser una reina por donde va.

La piel de su rostro es tan tersa y bien conservada, como si el paso del tiempo se hubiera quedado detenido, es la piel de la raza viva cimarrona que la ha acompañado

toda su vida. Y la sonrisa, esa sonrisa tan encantadora que contagia su alegría y que refleja la pureza de su alma.

Le veo sentada en la sala de su casa, con su pantalón anaranjado y su blusa blanca, colores típicos del clima del trópico y que además, le proporcionan la comodidad para evitar el calor de la tierra del Valle del Cauca donde nació. Rodeada de sus premios y galardones musicales, junto a una pared donde reposan un mosaico de fotografías que resumen su vida, la vida de Leonor González Mina, La Negra Grande de Colombia, la que está hecha de pura caña, la que come plátano y come yuca, como ella misma dice. Esa mujer de espíritu fuerte que dejó su casa a los dieciocho años para ir tras sus sueños de ser artista, recuerda como fue la parte de su vida en la que un hombre le hizo perder la cabeza por amor. Leonorcita, como nunca le gustó que la llamaran

¹ Estudiante de décimo semestre de Comunicación Social- Periodismo de la Universidad del Tolima.



porque se sentía bajita y como pegada al piso, también tuvo su “érase una vez”. Su cuento de hadas.

La vida de Leonor ha sido una combinación de eventos. Leonor dice que mucho en su vida ha sido suerte, pero quienes conocemos el recorrido musical y el aporte cultural de esta mujer, sabemos que esa combinación de eventos se resume en trabajo duro y grandes sacrificios, para que hoy en día sea reconocida, no sólo nacional sino internacionalmente, como *La Negra Grande* de Colombia.

Mientras su empleada Corina nos ofrece un delicioso café en una tarde lluviosa en la ciudad de Cali, la entrevista se torna en una conversación muy fluida en la cual, cada uno de los sucesos que ella ha vivido a través de su historia, le han dejado anécdotas grandiosas que se conectan unas con otras, como las páginas de los libros que tanto le han gustado leer, como *Las mil y una noches*, *Cien Años de Soledad* y *La Cabaña del Tío Tom*, que ella nombra como sus favoritos.

Al preguntarle por su vida amorosa, Leonor mira a la cámara fijamente y sonríe con la picardía que la caracteriza, se toma las manos y mira hacia arriba en

señal de que está recordando algo. Esteban Cabezas Rher fue su esposo por casi diecinueve años. Al ser periodista, publicista y músico, compartían la afinidad por las artes y el amor por las buenas conversaciones. Esteban Cabezas fue el hombre que logró conquistar el corazón de Leonor, desatarla de sus miedos de ser la más grande cantante negra de Colombia. Esteban Cabezas Rher fue el único hombre que logró que Leonor por amor perdiera hasta la cabeza...

La Negra Grande, no se remonta a fechas específicas y es que han pasado casi sesenta años desde eso, pero es que durante el tiempo que bailó con el grupo de Delia Zapata Olivella, ya sus oídos escuchaban hablar de Esteban Cabezas Rher.

La historia de Leonor con Esteban comienza como en los cuentos de hadas. Se enamoraron a primera vista. Ella ya lo había escuchado cantar en Cali y le gustó mucho su voz y aún más la canción que estaba interpretando “La Mina”.

Leonor se detiene un momento en el relato y recita un estribillo de la canción:

-Aunque mi amo me mate a la mina no voy, yo no quiero morirme en un socavón-, dice y continua contando lo que recuerda.

Ella, nunca supo que ese, era el hombre del que tanto hablaba Delia y su hermano Manuel, hasta ese momento, ese chaparrito, como ella misma dice, no era sino otro gran músico que escuchaba en su primera odisea saliendo de Robles, directo para Europa. Jamás pasó por la cabeza de la Negra que el chaparrito ese, se convertiría en el padre de sus dos hijos, Candelario y Juan Camilo.

Pasado el tiempo, y cuando Leonor ya vivía una nueva aventura en su carrera artística. Fuera del grupo de los hermanos Olivella, recibió una llamada de Delia en la que le pedía su colaboración para un evento que se realizaría en la ciudad de Manizales. Leonor aceptó la invitación y, como era su costumbre de todos los viajes, se hizo en la parte de atrás del bus para poder dormir cómodamente. Cuando se detuvieron para cuadrar todos los pormenores de la presentación, se subió al bus un hombre al que todos los músicos saludaron con mucha familiaridad, recuerda Leonor, y él les dijo que en ese bus iba una cantante que él quería conocer: Leonor González Mina. Aunque ella no tenía ni idea de quien era ese hombre, él,

sólo para conocerla, se hizo en la parte de atrás donde ya le habían indicado que ella se encontraba. Y de ahí nació el amor que los mantuvo diecinueve años juntos.

En ese entonces, Leonor tenía un novio en la ciudad de Cali, José se llamaba dice ella. Fue a visitarla a Manizales, se estuvo una noche y nunca más apareció. Tiempo después, Leonor se enteró por las mismas palabras de José, que él se había alejado de su vida porque la noche que llegó, Esteban Cabezas le había dicho que no volviera, porque él y Leonor ya eran novios. Hoy Leonor dice en un tono de molestia que eso no fue verdad y que fueron puras mentiras de Esteban.

Leonor no entendía qué había pasado con ella cuando conoció a Esteban. Ese hombre tan buen conversador, apasionado por todo lo que hacía, se había robado su corazón. Primero se unieron para vivir juntos y luego, cuando ya tenían a su primer hijo, Candelario, se casaron en Argentina por lo civil.

-Entonces Esteban fue mi manager, mi director artístico y todas esas cosas-, dice Leonor sonriendo amablemente a la cámara.

Cuando el romance estaba en su mejor época, Esteban Cabezas, su amigo, amante y compañero de vida, empezó a enseñarle sus canciones para que ella las interpretara. “La mina”, fue la primera canción que Esteban le mostró. Todos los días se la enseñaba de forma diferente.

Leonor se ríe con una carcajada contagiosa, *-abí empezaron mis peleas con Esteban porque es que yo no podía cantar esa canción como él quería-*. Llegaron al acuerdo en que ella la cantaría como pudiera y él decidiría si aceptaba que así fuera interpretada. A Esteban le fascinó y hoy en día, “La mina” es una de las canciones más reconocidas de Leonor González Mina.

-Aún hoy me arrepiento tanto de haber subido casi tres octavas para esa canción, porque ustedes se imaginarán que ya con 81 años, hago esas mismas tres octavas más para abajo que para arriba-, dice ella jocosamente, con una gran carcajada que contagia a todos los que nos encontramos en la sala de su casa.

Para Esteban, Leonor siempre fue uno de esos casos que salió de una canoa a un avión, pero que era bien merecido. Él más que nadie, siempre vio y confió en su talento.



Pero no todos los cuentos de hadas tienen su final de “felices por siempre”, y después de dos hijos y diecinueve años de matrimonio, Leonor González Mina y Esteban Cabezas Rher se divorciaron. A pesar de que él era un hombre supremamente apasionado y amoroso con ella, con el que compartió toda una vida juntos, y quien apoyó siempre su talento musical y la alentó a ser la mejor en todo, ya no era el hombre para ella.

La Negra Grande se dedicó a su música y a sus dos hijos, sus mayores bendiciones, y se hizo una promesa que hoy en día cumplió al pie de la letra.

-En mi casa no se vuelven a colgar ni medias ni calzoncillos que no sean las de mis hijos-

Leonor nunca más se volvió a casar, dice que no quería ponerle otro papá a sus hijos y por eso, ella sola se dedicó a ser papá y mamá. El escepticismo y cansancio se ven reflejados en su rostro al pensar si quiera en otra relación.

El amor la dejó cansada y aunque no se sabe si le hizo o no falta, siempre tuvo el amor incondicional de sus hijos



y todos los seres queridos que están pendientes de ella. Además, ya encontró un nuevo amor para toda su vida que es su nieta Juana, la hija de Juan Camilo.

Aunque Leonor ve a los hombres con suma indiferencia porque tiene cosas más importantes en que pensar, ha amado a dos hombres más que a su propia vida y lo hará hasta el final de sus días. Su hijo Candelario, quien infortunadamente ya no se encuentra con nosotros en este mundo terrenal, pero que heredó su vena artística y su pasión por la música, y Juan Camilo, quien le sacó su berraquera y el gusto por la política. Ellos, fueron su motor para convertirse en la más grande, la primera negra en hacer muchas cosas en este país y en el mundo. Ser la Negra Grande de Colombia.

Después de tres horas y media de entrevista, el cansancio

se refleja en los ojos de la Negra Grande. Se despide con palabras afectuosas y abrazos fraternales para todos.

Esteban Cabezas falleció en diciembre del año 2013, cuando Leonor tenía setenta y ocho años.

Hoy, aunque Leonor no tuvo su final de cuento de hadas, y el amor le llevó a perder la cabeza como dice ella, siempre con una sonrisa en el rostro, se siente feliz de haber vivido ese sentimiento hasta lo máximo de su expresión, y como *“sólo el amor convierte en milagro el barro y sólo el amor engendra la maravilla”*, ese amor engendró dos maravillas que son su mayor orgullo y satisfacción: Esteban Candelario y Juan Camilo; no existe entonces mayor evidencia que compruebe que la teoría, es cierta.



Un libro abierto

Carol Melissa Cardozo¹

Fue en una tarde de Marzo, cuando en compañía de algunos amigos estudiantes de Comunicación Social y periodismo de la Universidad del Tolima, me dispuse a abrir el libro que durante unas cuantas horas, nos tendría en un constante vaivén, entre lo que creemos que sucede, y lo que realmente suele suceder.

Resulta indignante considerar siquiera que por estos tiempos, exista la discriminación racial, aquella que por conocidas razones afecta a la población afroamericana, o para ser más concisos, a las negritudes. Pero si nos altera que esto suceda ahora, tal cual lo vemos y presenciamos diariamente, escuchar cómo se presentaba hace cincuenta

años, consigue poner iracundo a quién leyera las líneas de Leonor González Mina, el libro abierto en la sala de un apartamento en la ciudad de Cali.

No es posible asignar un autor a tal creación. No hay otro autor, más que la propia vida, que le ha golpeado un par de veces, la misma vida que entre ires y venires; cambió sus páginas, modificó su puntuación y, en ocasiones, le cerró las puertas, puesto que en muchos lugares se abstuvieron de leerle.

Luego de haber huido de casa y con la exaltación que la juventud trae consigo, aquella mujer, que con el pasar de los años sería conocida como la Negra Grande de Colombia, hurgaba en los rincones de un país azotado por la violencia y la discriminación; esa misma discriminación de la que hoy ya ni se habla, porque al menos para

¹ Estudiante de séptimo semestre de Comunicación Social- Periodismo de la Universidad del Tolima



entonces, el marcado racismo generaba el mismo afán de erradicarlo.

Mi preocupación ahora, es la existencia de tal segregación, y el hecho de que reciba tan poca atención, al punto de considerarse algo normal. Me pregunto si ha cesado, o si por el contrario se ha naturalizado.

Con cada historia que escuchaba, mi capacidad de asombro aumentaba, y lo pude confirmar cuando le escuche cantar, con la afinación que no es posible percibir en las grabaciones de sus presentaciones, aquellas que circulan por la red. Las mismas que poco consiguen acercarnos a la magia que tiene una letra tan conmovedora sumada a su buena entonación, pues no es lo mismo escucharla en un escenario y estar rodeada de voces intrusas, o verla a través de una pantalla y dispersarse en el trayecto de la canción, que estar frente a quien lleva con orgullo su cabello trenzado, y nos cuenta que la vida no es fácil. Sin duda alguna, todos lo sabemos, pero que es más bonito escuchar de quien ha incursionado hasta en la política, esa guarida de monstruos, como ella misma la describe.

Allí, sentada en su poltrona, había una mujer que hacía remembranzas de un pasado que unos comunicadores en

formación, querían escudriñar para mostrarle al mundo.

La literatura, es una puerta que se le abrió mucho antes de descubrir otras cerradas, y siendo una niña pudo acceder a la maravilla que abarca el mundo de las letras. Fantaseaba con alfombras de las que en “*Las mil y una noches*” van a determinados lugares. Ella quería viajar al cumplimiento de su anhelo artístico. El ballet de Delia Zapata sería una alfombra mágica, que la llevaría a recorrer el extranjero. “*La cabaña del tío Tom*”, sería otro ejemplar de la escritura que aportaría a su formación y a su carácter, aquel libro que nos cuenta las desgracias de un esclavo, fue el mismo que le otorgó a Leonor, la valentía para emprender sus sueños.

El libro abierto del cual les hablo, el de Leonor, no sabía bailar pero sonaba de lo más lindo y llevó aquella sonoridad a las cárceles de Jamundí, en donde los agradecidos lectores crearon para ella, cuadros admirables que hallamos una tarde en su sala. Leonor González Mina fue apodada la Negra Grande de Colombia, por haber sido pionera en el campo artístico, con todo y su color.

² Ulloa, Héctor. Canto Negro, 1981

Yo me quedo con una composición hallada y que releo cada noche, para no dejar en el olvido una realidad plasmada sobre líneas y entre letras:

*“Está llorando de pena mi compadre Ángel María, se le perdió su cosecha por una larga sequía.
Y aunque le rezó a todos los santos,
el cielo no oyó y no hizo el milagro;
perdió las cuatro maticas que eran toda su riqueza
y hoy tiene que trabajar para el patrón de la hacienda,
y de sol a sol en jornada eterna,
clava el azadón pero en tierra ajena²”*

Se tiene la oportunidad cada día de acceder al conocimiento de muchas maneras, algunos se remiten a los usuales buscadores de internet, otros van a las bibliotecas, o a las aulas de clase, en cualquier lugar es válido el aprendizaje, pero sumergirse en el libro de la vida es una mágica experiencia, porque las historias de aquel libro no acaban, y nos permitieron descubrir que hay algo bello en este trasegar diario, y es llegar algún día a ser la historia hecha persona.



Si el folclor fuera persona, se llamaría Leonor González Mina

María Paula García Garavito¹

Había llegado el momento. Después de tocar el timbre se abrieron las puertas para compartir y conocer a una de las artistas más importantes de la historia del país. Ya sabíamos que le llamaban la Negra Grande de Colombia, pero fue con el abrazo de bienvenida que nos dio a cada uno, que me pude dar cuenta de la grandeza de su ser, y sentir lo pacífico, lo palenque, lo cimarrón de su existencia.

Viajamos durante siete horas desde Ibagué para el encuentro en su lugar de residencia en el sur de Cali. Eran ochenta años de vivacidad, historia, folclor, y alegría, los que presenciábamos ante nuestros ojos; ansiosos por escucharla, pero sin creer todavía que nosotros, un

grupo de jóvenes estudiantes, le haríamos una entrevista. Leonor nos sonreía y con un aire maternal, nos acogió en su casa repleta de reconocimientos y galardones merecidos por su innegable talento.

Era tal su amabilidad, que nos permitió hacer las veces de diseñadores de interiores para reorganizar, o más bien desorganizar, los muebles de su casa. En el apartamento de paredes amarillas, llenas de recuerdos de su familia y de su vida artística, se sentía la calidez del hogar. Un gran ventanal permitía ver a la imponente Cali, que nos recibía calurosa, con un dejo musical que nos seducía.

Bastó un café para romper el hielo. Corina, una mujer de gran presencia y altura, llevó las tazas, pero fue la misma Leonor quien nos sirvió y repartió el café con la parsimonia que la caracteriza. Al ritmo de “*Florecita*

¹ Estudiante de octavo semestre de Comunicación Social- Periodismo de la Universidad del Tolima.



Rockera”, la canción de Aterciopelados versionada por ella en el disco que lanzó Virgin, llamado De Best of De Best, bebimos el café y dimos inicio a la reunión vespertina que terminó con las luces de las cámaras engañando la oscuridad de la noche.

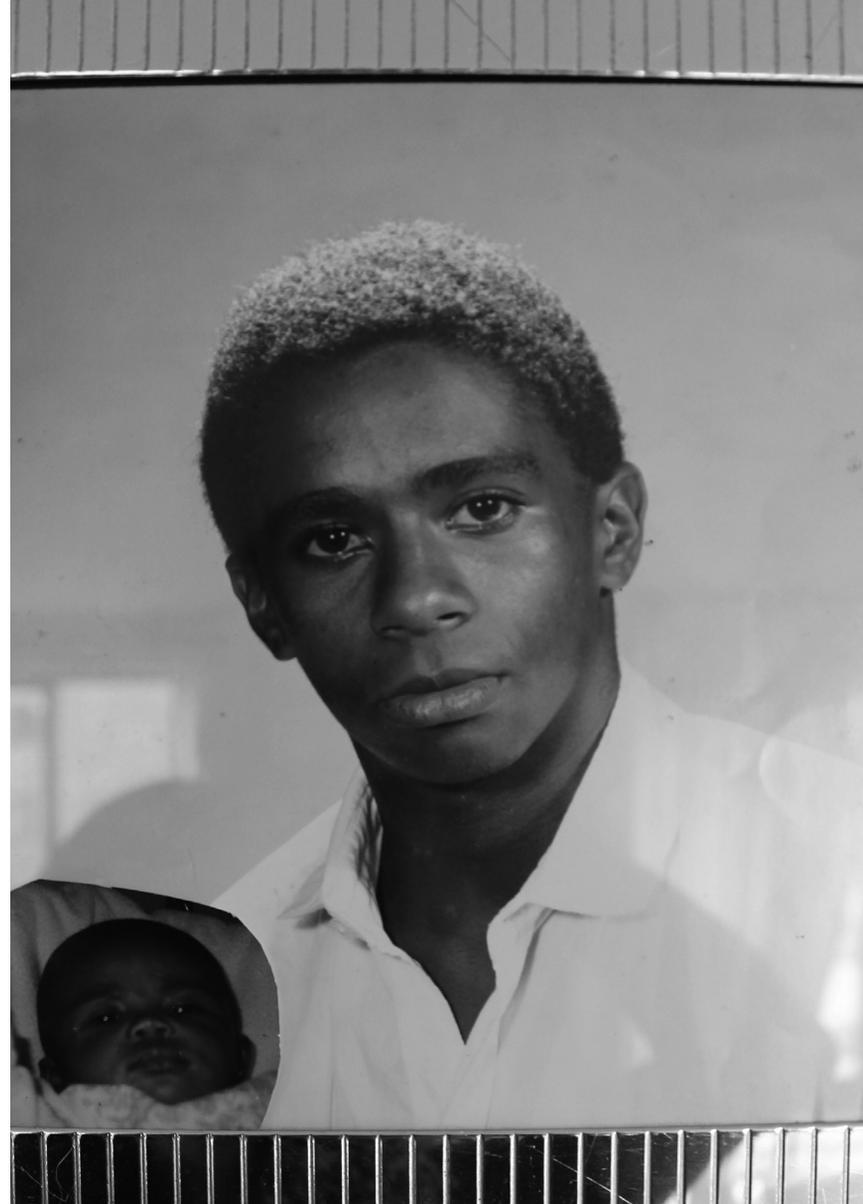
Cuéntenos, ¿quién es Leonor González Mina, de dónde viene?

Yo vengo de una región que se llama Robles, que pertenece al municipio de Jamundí. Allá fue donde nací con los recuerdos más lindos de mi vida, porque los recuerdos divinos, hermosos que yo tengo, son los de mi niñez, porque es un pueblo donde todo el mundo es familia. A mí me tocó ver por ejemplo, cómo todos en el pueblo se unían para ayudarlo a hacer la casa a un vecino, o a un pariente. Me levanté en el ambiente de fraternidad, en el ambiente de hermandad, allá no se oían peleas. Incluso, este es el momento que la gente de aquí de Cali, va los fines de semana a Robles a bailar, porque allá no hay peleas, la gente es tranquila.

¿Algo por destacar de las experiencias de su niñez en Robles?

Yo me críe con un ambiente de civismo muy grande. Recuerdo que el primer motor de luz que hubo en Robles lo conseguimos nosotros. Éramos unas jovencitas, Éramos como 10 muchachas, y había un sacerdote muy activo y nos dijo *-Yo quiero que ustedes me ayuden para comprar un motor-*, porque no había luz en Robles, le dijimos *-¡Sí claro!-*. Cada ocho días, hacíamos fritangas para vender en Robles y en los pueblos cercanos. Lo cierto es que nosotros en menos del año compramos el motor, y ¡Hubo luz en Robles! Hubo luz primero en Robles que en Jamundí. Ah y Robles primero con acueducto, porque los señores en Robles dijeron: *-Nosotros tenemos que poner acueducto-*.

Y entre todos los hombres, cada uno aportaba en la semana un día de trabajo y se turnaban, mientras que las mujeres llevaban la comida allá donde estaban trabajando. Hubo primero luz y agua en Robles, y la carretera que hay de Cali a Robles, fue marcada completamente por la gente del pueblo. De esa zona somos muy orgullosos. Esa era una época en que vivir en comunidad, significaba otra cosa.



¿Y la familia?

Nosotros fuimos bastantes, porque mi papá era bastante inquieto. Fuimos diecisiete hermanos, nueve del matrimonio y otros por fuera. Todavía hay diez, pero del matrimonio sólo quedamos tres, estamos haciendo fila. Mi hermano, que es el mayor de los tres, tiene 84 años, ustedes lo ven y es muy dinámico. Él se fue para Venezuela y en la Universidad Simón Bolívar, creó la escuela de metalurgia. Acá no encontró muchas oportunidades, pero allá sí. Casi todas las escuelas de metalurgia en Venezuela las fundó mi hermano. Mi hermana es la menor, estudió cocina. Ella también estuvo mucho tiempo trabajando en Venezuela como jefe de cocina de un hotel. Mucho tiempo después ya se vino a descansar aquí a Robles. Bueno y quedo yo, que también voy a terminar viviendo en Robles, y ya el 16 de junio cumplo los 81 años, *¿Cómo le parece?*

¿Quiere terminar en Robles? ¿Por qué?

Bueno, creo que uno debe aportar a su pueblo y siento que falta mucho por hacer. Ya hablé con mi familia, con mi hijo Camilo y él está dispuesto a ayudarme. Hace rato le estoy diciendo que yo quiero crear la escuela

de música. Allí en Robles, hay mucho talento. Y mi hijo quiere crear una empresa, para dar trabajo por lo menos a 200 mujeres. Me voy para allá, para empezar a hacer lo que yo quiero hacer musicalmente, y además ayudar, para que esta empresa sea una realidad, porque en esa zona somos el 90% negros y no es que el Estado ayude mucho. Lo que hay en Robles es hecho por la gente de Robles.

¿Cómo aprendió a cantar?

A mí el sonido de los pájaros me encantaba, y me ponía a tratar de imitarlos. Yo digo que ahí fue donde heredé la afinación que tengo, de ahí me nació el deseo de ser cantante. Desde que tuve uso de razón, cantaba y cantaba y cantaba.

Además me crié en medio de dos religiones. mi mamá era evangélica y mi papá católico, y me gustaba ir a las reuniones de los evangélicos porque cantaban mucho. Todas mis tías cantaban, eran siete hermanas y había dos hombres, tres con mi abuelito. Eran unas voces que yo cerraba los ojos y sentía como que volaba, me transportaba, era tanta la belleza de esas voces que yo escuchaba y sentía como que mi espíritu se desprendía

IES 13-155

SONOX ESTEREO



LEONOR GONZALEZ MINA



Mensajes
de mi tierra
y de mi raza

LA NEGRA GRANDE DE COLOMBIA

Vol. II



LA NEGRA GRANDE DE COLOMBIA - Vol. II

IES 13-155

Estéreo - Lado 2

- 1- LA NEGRA (Compos. Antonio María Beltrán)
- 2- EL REZO DEL CORRAL (Melo del Yambú)
- 3- TENDRÁS UNO (Compos. Carlos María Domínguez)
- 4- LA MARCHA (Compos. Carlos María Domínguez)
- 5- LA TIGRA DE PITIA (Compos. Carlos María Domínguez)
- 6- EL BARRIO (Compos. Carlos María Domínguez)
- 7- LA NEGRA (Compos. Carlos María Domínguez)
- 8- LA NEGRA (Compos. Carlos María Domínguez)
- 9- LA NEGRA (Compos. Carlos María Domínguez)
- 10- LA NEGRA (Compos. Carlos María Domínguez)

29 10:58

de mi cuerpo. De ahí nació mi deseo de cantar.

¿Era buena para el estudio?

Realmente yo era artista. En la escuela yo era la que inventaba cosas, la que hacía teatro y todo eso, mi papá no me entendía. Había una palabra que él usaba para referirse a mí, porque yo no podía estar quieta, mi espíritu no era para estar quieta. A cada momento yo era corriendo, cantando y él decía *-¿Yo qué voy a hacer con esta muchachita?- ¡Esta muchachita es muy ajizuda, yo no resisto, ¿Por qué ha salido así tan necia?!*

Yo en ese aspecto di mucha lora en la casa, y era muy rebelde. Defendí lo que yo quería hacer desde chiquita, hasta que me salía con la mía.

Mis hermanos no podían entender que yo quisiera ser cantante. En esa época ser cantante era como decir, *¡es prostituta!*. Incluso había un amigo de mi mamá que era el médico de la casa, él iba y ella le decía: *-Cómo le parece, esta hija mía quiere ser cantante- ¡¿Qué cómo?!* dijo *-No, no Leonor, no la deje que esa muchachita sea cantante, después se va a volver una vagabunda-*. Esa era la forma como se expresaban de los artistas, pero contra viento y marea, lo hice.

¿Algunos piensan que la Negra es chocoana, por qué cree que se da esa confusión?

Cuando yo aparecí en el mundo artístico, canté música chocoana. Yo pertenezco, y fui bailarina del grupo de Delia Zapata Olivella. Ella y el hermano, que era médico, Manuel, se dedicaron a dar a conocer la música de la Costa Atlántica y un poco de la música de acá del Pacífico. Yo aprendí con el grupo de Delia muchas canciones chocoanas, y tuve la felicidad de andar con unos muchachos del Chocó, que eran parte del grupo. Ellos me enseñaron muchas canciones, y cuando ya aparecí en el mundo artístico, grabé esas canciones, y por eso la gente estaba convencida de que era chocoana.

De la gira que hizo por Europa y Asia con el Ballet de Delia Zapata Olivella ¿qué puede destacar?

Fue muy lindo, la primera llegada fue a París. Nos fuimos en un Constellation, eso tenía capacidad como para treinta o cuarenta personas. Salimos de Cartagena a Puerto Rico, de ahí hicimos escala en Islas Azores, y nos bajamos para descansar. Éramos como cinco negros que íbamos del grupo y no nos dejaron entrar al comedor (risas). Eso fue una pelea ahí, eso fue otro

choque. Y de ahí salimos para Francia y llegamos tarde. Afortunadamente teníamos alojamiento en la Sorbona, esas residencias para los estudiantes eran una machera, un lujo y nos quedamos ahí.

Nos llevaron a ver el Sena y a ver cantidad de cosas, fuimos al museo de Louvre, fuimos a la Torre Eiffel, conocí bastante.

¿Cómo es eso de que era amiga de García Márquez y que lo conoció en Europa?

Fue en ese viaje. De Francia llegamos a Polonia, ahí nos cambiaron a otro tren. Y me senté ahí en el sitio que me dijeron que era el mío, cuando se me sienta alguien acá al lado, y me quedé yo mirándolo y dije *“éste parece colombiano, voy a preguntarle quién es”*. Y le digo yo: *-y ¿usted de dónde viene?* y me dice *-Pues yo vengo de Colombia. -Aaaah, pero usted ¿de qué parte de Colombia es? -Yo soy de la Costa Atlántica. -Vea y ¿usted cómo se llama?-* Todavía no era famoso. *-Yo me llamo Gabriel García Márquez-*. Nos hicimos amigos. Hablamos todo el tiempo, y seguimos la amistad. Llegamos a Moscú.

Da la casualidad de que nos alojaron en el mismo hotel porque llegaban un poco de estudiantes y periodistas, y bueno, nos hicimos amigos con Gabriel.

Después regresé a Colombia. Mi vida tomó un rumbo, me encontré con el que fue mi marido y andábamos por todas partes. De pronto me mandan de la Federación de Cafeteros a un concierto a la Argentina, y llegamos en el momento en que *Cien Años de Soledad*, estaba en todo su furor. Yo tengo que confesar algo. Me costó tanto trabajo comenzar la novela esa, yo no podía salir de las primeras 15 páginas, yo no sé por qué. Pero cuando ya las pasé eso fue una locura, *¿no cierto?*, es que hasta al baño yo iba con el libro. Hasta que lo terminé, lo solte, y después volví otra vez y lo agarré. Cuando nos mandan a invitar a una comida que estaba Gabriel García Márquez, él se enteró que yo estaba ahí quería que fuera, eso fue una fiesta. Estuvimos conversando, charlamos, y lo felicité. Cuando recién llegué de Rusia, al poco tiempo sacó los tres primeros libros que fueron famosos, y los leí y le digo *-ya leí los libros, qué buenos-*, y me los regaló autografiados. Alguien se me los llevó, se desaparecieron.

Cuéntenos sobre su primer disco, “Cantos de mi tierra y de mi raza”

Por esa época Fanny Mickey enseñaba en Cali en Bellas Artes. Ella organizaba unos festivales de arte, y se llevó a Esteban, porque necesitaba un publicista, y lógicamente yo me fui con él. Ya estábamos viviendo en Bogotá, y allí fue cuando nació la idea de grabar como artista. Esteban era muy conocido con el director artístico de Sonolux de esa época, Hernán Restrepo. Él había ido a presenciar el festival porque Fanny lo había invitado, y ahí me oyó cantar. Y me dice *-Yo quiero que usted grabe para Sonolux-*. Todo se me fue dando, y entonces ahí ya empezaron a buscar el material. Esteban conocía el tema del Tío Guachupecito, conocía El Rey del Río. Enrique Buenaventura también tuvo que ver mucho con eso, también Pedro Martínez, eso se metió Raymundo y todo el mundo para ese disco. Salió el disco y fue un éxito total, y realmente es un clásico dentro de la música colombiana popular. En el Valle lo cantan los niños, en las escuelas se lo siguen enseñando.

¿Quién le pone el nombre de la Negra Grande de Colombia?

Fue Hernán Restrepo Duque, quien me puso así. Una tarde decidiendo entre todos los amigos, empezaron a decir nombres, disque la Perla Negra, que la Estrella Negra, que la Rosa del Pacífico. Hernán oyendo todas esas cosas dice: *-Hombre dejen de estar hablando pendejadas, ella tiene que llamarse La Negra Grande de Colombia-*. Todos se quedaron así mudos, es que eran tan bobos los nombres que decían. Y así me quedé. Hasta el sol de hoy.

Tuvo un hijo, Candelario, que en paz descansa. Él heredó esa vena artística y vivió en Italia. Cuéntenos sobre eso.

Candelario estaba estudiando música aquí, terminando el bachillerato. Y a él lo invitó la orquesta sinfónica de la Unesco. Le pagaban el pasaje. Él pensó que llegaba y como él era Candelario, iba a tocar la percusión. No señor, habían diez percusionistas para examinarlos, para ver quién se quedaba como titular de la orquesta. Presentó audiciones y trabajó duro y de los diez salió él. Llegó a Yugoslavia, antes de que el mariscal Tito muriera, y allí, donde llevaban a todos esos jóvenes, iban muchos

descubridores de talento y vieron tocar a Candelario. Le dieron una beca para quedarse estudiando en Italia, en Milán. Entonces, terminó su bachillerato a los 17 años en Colombia y se fue. Pero resulta que él ya había estudiado mucha música y cuando llegó, quisieron ponerlo como principiante en el Scala de Milan, y Candelo dijo: *-No mamita, yo no juego, yo pierdo esa media beca-*. Y se fue para el conservatorio que era mejor que estar en la Scala de Milán. Por eso fue que Candelo conoció mucha gente.

Trabajaba para poderse sostener, y allí fue donde conoció a Eros Ramazzotti e hizo giras, él era su director artístico. Ahí fue cuando lo llamaron para hacer la modernización de la música de las películas de Fellini, y fue cuando murió. El día de la primera grabación me llamó y me dijo: *-Mamá estoy tan nervioso, ¿será que yo soy capaz?-* *-Tú puedes papá, tú eres capaz-* y se fue a Torino a grabar y en el camino murió, se le reventó una vena en la cabeza.

Usted tiene temas muy comprometidos política y socialmente. ¿Qué es lo que más le duele de Colombia?

Me duele la guerra, me duele el hambre, la injusticia, me duele que los políticos no hagan nada, que haya tanta hambre en medio de tanta corrupción, pero en especial me duelen los niños.

Cuando estuve en el Congreso de la República, que fue un episodio muy triste de mi vida, llegué al Senado y decía *-Bendito Señor, ¿ahora yo qué me pongo a hacer?-* Bueno, pues a luchar por los niños.

La estrellada que yo me di en ese Congreso fue horrible, nadie me paraba bolas. Toqué puertas por aquí y por allá y nada, la gente seguía aguantando hambre. Entonces de mi sueldo, me conseguí una cantidad de profesoras que querían trabajar conmigo. Les dije: *-yo quiero ir a trabajar en Bogotá a Ciudad Bolívar-*. Allí hicimos varias escuelas con mi sueldo, lo gastábamos en darles comida a los niños. Yo llegaba desbaratada a mi casa, me tocó ver un niño que lo cogí para ayudarlo a subir, porque no podía, y no se le sentían los huesos, eran cartílagos del hambre tan horrible. Conocí a una señora, que vivía debajo de un puente en Ciudad Bolívar, y tenía diez muchachitos. Cada dos años tenía uno y a todos los alquilaba. Vivía de eso. Puse la queja en Bienestar Familiar. ¿Quién me hizo caso? Nadie. Yo vi cosas así.

No hay derecho de que un país maltrate a sus niños, negros, blancos, indios, el hambre no hace distinción. Es muy triste eso.

Bueno, pero se refiere muy mal de los políticos, entonces ¿Cómo fue que terminó en el Congreso?

Yo entré ahí por boba. Hubo una persona, amiga ella, luchadora, Piedad Córdoba. Por eso es que ella está donde está, porque se le mete una idea a la cabeza, y pase lo que pase, logra lo que quiere. Me llamó, estaba yo de luto, con la muerte de mi hijo, y me dijo que eso me servía para mermar el dolor, que me invitaba al Congreso. Le dije: *-Es que yo no quiero ir allá, yo no quiero nada de eso-*. Pero yo le decía eso porque le he tenido siempre miedo a la política. Bueno, no a la política sino a los políticos (risas), a los que dicen ser políticos que no son tampoco, porque ahí se encuentra gente buena también, claro que hay que contarlos con los dedos de la mano.

Tanto insistió, es que a veces me llamaba a la una, dos de la mañana esta señora a rogarme *-por favor, acepte que eso va en favor suyo-, -En favor mío para qué, si*





es que yo no soy política, yo no sirvo para eso.- Tanto me insistió, es que ya me cogió como cansada y le dije *-Bueno sí, acepto-* Pero yo no sabía que eso era así, y ahora se vienen pues las giras, que las fotos que lo otro, y eche discurso. Menos mal que agarré un tema que siempre me ha dolido mucho, que era el abandono de los niños, porque yo sí he visto la descomposición de este país. El nacimiento de los gamines me tocó verlo a mí. Me agarré de ahí y la cosa me sonó, yo jamás pensé que iba a sacar 29 mil votos, lo cierto es que pasé para la Cámara sobrada de votos.

A mí no me gustó eso. Tengo que reconocer que hay gente muy honesta ahí, pero es de las que menos pueden trabajar, había muchas roscas. Es como para morir de tristeza.

¿Qué ha significado su carrera artística para las comunidades negras, qué le costó ser negra frente a todo el proceso artístico que tuvo?

A mí me costó muchísimo, pero sabe una cosa, yo siempre fui así, cuando me pinchaban me ponía como un alacrán y conseguía y hacía las cosas mejor que nunca, como para taparle la boca a los demás. Estoy muy

contenta porque sé que he sido un gran ejemplo para la gente de mi raza. Yo no sabía, no era muy consciente de que mi gente negra me quería tanto. Lo sé por mi hijo que ha estado en mucho contacto con toda la gente tanto del Pacífico, como del Atlántico. Y todavía a estas alturas de la vida, yo lleno teatros. El último concierto que hice fue en la sala Julio Mario Santodomingo y dije: *-Eso abí va a estar, mi hijo, mi nieta y unos cuatro amigos que yo los invite-*. Pero se llenó el teatro y se quedó gente por fuera, eso es muy satisfactorio. Y ahora que me quieren llevar para México a dar unos conciertos, vamos a ver si Dios y la Virgen santísima me lo permiten.

Tiene 81 años y todavía sigue de ajizuda. ¿En qué anda, a usted de dónde la apagan?

Yo la verdad digo, que mi Dios es muy bueno conmigo, porque conozco compañeras de estudio, que me las he encontrado, no puede ser que estén tan acabadas, qué les pasó. Creo que como he sido tan hiperactiva, no puedo estar quieta en mi casa. Aquí por la mañana me levanto y lo primero que hago es arreglarme y a caminar; camino dos horas. A las 6 a.m. llego tonificada, desayuno, leo el periódico y después busco la forma

de hacer cosas. Ahora que estoy preparando todo lo que es el concierto que voy a tener en abril y después todo lo de México, tengo muchas cosas que hacer. Con mi hijo Juan Camilo vamos a trabajar por mi pueblo. Mi hijo está muy comprometido con las comunidades afro, y en Robles, la mayoría de habitantes son de raza negra, afrocolombianos que necesitan apoyo para salir adelante.

Las luces de las cámaras se extinguieron pero ella seguía igual de radiante, como al inicio de la entrevista. Hubo energía suficiente como para tomarse una foto con cada uno de nosotros. ¿Cómo íbamos a perder la oportunidad de plasmar un recuerdo con un personaje tan excelso en su esencia, y tan importante para la cultura colombiana? Después de escuchar su imponente voz, no sólo para conocer su historia, sino para cantar un par de versos, me la imagino diciendo:

-“Tío Guachupecito, siéntese, siéntese, siéntese”, pero esta vez el tío no responde “-Paráito nada más aquí sobrina, paráito nada más”, sino que él se sienta con ella se toma un café de aroma intenso, pues al igual que su voz, La Negra es irresistible.

Índice de fotos

Imagen de Leonor para su Book en 2014.	3		
Leonor González Mina, La Negra Grande de Colombia, en la conmemoración de sus 60 años de vida artística en el 2014.	6	La Llorona Loca, Latigazos, Playera, Abosao, La Mucua, Cumbia Cienaguera, Te Olvidé, Mi Cafetal, El Gallo Tuerto y El Minero.	
Leonor González Mina. Fuente: Revista Cromos, No. 2922, enero 21 de 1974.	9	“La Negra Grande de Colombia”, álbum de larga duración grabado en Venezuela en 1977. Algunas de las canciones que lo componen: Café de Colombia, Nuestra señora la Palmera, De aquellos dos, El Nogal, Cartagena contigo, Selvas colombianas, Cuando voy por la calle, Puerto Colombia, Camarón que se descuida, Simple como el agua, Son del monte. Y el inolvidable tema Campesino de ciudad, con el que le dio la vuelta al mundo y ocupó el tercer lugar en el Festival de la OTI del año 1975, realizado en San Juan de Puerto Rico.	22
Leonor González en su apartamento durante la entrevista para Vidadepalabras .	10		
20 de julio de 2011. Celebración en el Palacio de los Deportes de Bogotá del día de la Independencia de Colombia. Concierto Tributo a la cultura afro negra raizal y palenquera. De Izquierda a derecha: Graciela Salgado, cantaora de San Basilio de Palenque; Sonia Bazanta Vides, conocida como ‘Totó la Momposina’; Petrona Martínez, la ‘Reina del bullerengue’ y Leonor González Mina, la ‘Negra Grande de Colombia.	16		
La Negra Grande de Colombia. Fuente: Archivo Círculo Colombiano de Artistas / 50 Años La Televisión en Colombia - Una Historia para el futuro.	19	“Creaciones de Leonor González Mina” del año 1973. Una de sus más recordadas canciones Yo me llamo Cumbia, hacen parte de este disco.	25
Majestuosa Presentación de Leonor González Mina en el Teatro Colón de la ciudad de Bogotá.	20	Pintura de Leonor González, hecha por un interno de la cárcel de Jamundí, Valle del Cauca.	28
Disco de la larga duración titulado “La Negra Sandunguera”, el cual se grabó en el año 1980.	22	Leonor González Mina, La Negra Grande de Colombia, en la celebración en 2014 de sus 60 años de vida artística.	31
“Aquellos éxitos bailables al estilo de Leonor González Mina” realizado en 1975. Contiene los temas: Trópico, Las Pilanderas,	22	Leonor González Mina fue la encargada del concierto de cierre del Festival Centro de 2013, realizado por la Fundación Gilberto Alzate Avendaño en la ciudad de Bogotá.	32
		La Internacional, álbum de Leonor González Mina grabado en el año 1968.	35
		Leonor González Mina en su apartamento en Cali.	36

Leonor González en una de sus tantas participaciones en los conciertos de celebración del Día de la Independencia de Colombia.	38	Leonor cargando a su hijo Juan Camilo, los acompaña una amiga de la cantante.	70
Leonor González, recordando momentos de niñez y juventud a través de su álbum de fotos.	41	Retrato de Leonor González en el Stand de Colombia en la EXPO 70 organizada en Osaka, Japón en 1970. El tema de la exposición fue “ el Progreso y la Armonía de la Humanidad”.	73
Retrato de Buenaventura González, progenitor de Leonor González.	42	Leonor González Mina junto a su esposo Esteban Cabezas en la EXPO 70. Setenta y siete países asistieron al acontecimiento, y durante seis meses, el número de visitantes alcanzó las 64.210.770 personas.	74
Retrato de Leonor Mina, madre de la Negra Grande de Colombia.	43	Grabación en pleno de la entrevista a Leonor González, por parte de los estudiantes de Comunicación Social y Periodismo de la Universidad del Tolima.	76
Abuelo de la Negra Grande de Colombia.	45	Candelario, hijo mayor de la Leonor, gran percusionista.	78
Leonor González Mina. Fuente: Revista TV y Novelas, No. 052, 26 de octubre de 1992.	48	Leonor González atendiendo la visita de los estudiantes de la Universidad del Tolima.	80
Hermano mayor de Leonor González.	51	Leonor González junto a Candelario y un amigo.	82
Leonor junto a su hijo mayor Candelario, quien falleció a los 34 años víctima de un aneurisma.	52	Retrato de su hijo Juan Camilo Cabezas y su única nieta Juana.	83
La Negra Grande de Colombia, tuvo una destacada participación en la obra de teatro Sor Prendidas de 1994.	55	“Leonor González Mina, La Negra Grande de Colombia” Volumen II.	85
La Negra Grande de Colombia. Foto: ETCE/Juan Carlos Quintero.	59	Su primer álbum grabado en 1977. Leonor González, la Negra Grande de Colombia: “Cantos de mi tierra y de mi raza”. En este disco se destacan las canciones “A la mina no voy” y “Tío Guachupecito”.	88
La Negra Grande de Colombia. Foto: Luis ángel/ El Espectador.	60	Leonor González Mina. Fuente: Revista Telerama - TV - Radio - Cine - Teatro, No. 29 de 1967.	91
Leonor González en su apartamento.	62	Leonor González Mina en concierto.	92
Leonor González, en el día de visita de los estudiantes de la Universidad del Tolima, en su apartamento en el sur de Cali.	65		
Leonor González en un programa de televisión de la época junto a sus hijos Candelario y Juan Camilo. Al fondo, Silvia Moscovich, reconocida profesora de canto brasilera.	67		
La Negra Grande de Colombia sonriendo siempre sin reservas.	68		

